

# LA SEMANA

REVISTA POPULAR. 10, Carrera S. Jerónimo, MADRID

## EL SUCESO DE LOS «APACHES», EN MADRID



El supuesto jefe de la banda, Fernando Leonis Renaud, que al ser perseguido por la Guardia Civil, se suicidó en las inmediaciones de la estación del ferrocarril, en Guadalajara, tras de haber disparado dos tiros a sus perseguidores.

(Fotografía tomada en el acto de la autopsia, exclusivamente para LA SEMANA, por nuestro corresponsal Sr. Arquer)



Leonor Roche Julle, "La Alemana", amante de Renaud, una de las figuras más interesantes del suceso (Única fotografía de la procesada, tomada en la cárcel, exclusivamente para LA SEMANA, por nuestro redactor Sr. Marín)



El chico de la tienda robada, herido por los "apaches", Isidoro Negrete, en el Hospital de la Princesa, con sus padres y su principal, Sr. Veguillas. (Foto Marín).



Carmen Liceras, que vió los ladrones en la tienda.



El policía D. Isidoro Delgado, que los detuvo.



dro Castañer "El Argentino" tor. con Renaud del robo.



Luis Berton, a quien se encon- traron romas ensangrentadas



Isidoro Canillas, uno de los apaches



Arturo Garnier, importante ele-



Luciano Vennet, que tuvo gran

# LA SEMANA

Año I

17 Junio 1916

Núm. 5

## DIÁLOGOS DEL DÍA

### LA BOINA Y LA BARRETINA

En mitad del camino que separa a Barcelona de San Sebastián, toparon, en casual encuentro, la barretina y la boina, *Els Segadors* y *El Guernikako arbola*, simbolizados en un catalán y en un vasco...

—¡Jangoikú!—gimió la boina.

—¡Anem! ¡Anem!—bruscamente repondió la barretina.

—¡Soy la boina! Simbolizo las libertades vascongadas.

—¡Yo la barretina! Emblema de Cataluña. Mi barretina no menguó en tamaño. Las boinas de ahora, como vosotros, han disminuido en vuelo. No son las que usaban Zumalacárregui y Zamacolas. Se les bajó el alero, ¡parecen solideo! ¡Apa noy!—rió la barretina.

—Cierto es; pero tu barretina es acaso el gorro frigio, su precursor y abuelo?... ¿Es de aquel vivo color que copiaba las amapolas del campo y parecía teñida en sangre de revoluciones? ¡No! ¡Noy! Tu morada barretina tiene forma de mitra y episcopal color... ¡Huele a incienso! Antaño la usabais colorada, cuando republicana, revolucionaria era... Ahora parece el gorro de un mosén...

—¡Detente allá! ¿Y tú con qué derecho nos hablas y en qué lengua?

—¡Caquiecat! ¿Entiendes esta palabra? Pues por lo expresiva y vasca y por pudor también, no te la quiero traducir. Hablo con el derecho de ser mi vasco país, tan perdido en las nieblas del pasado, como tu *Lliga* en las dudas del presente... Mi lengua, como mi solar, son muy anteriores al tuyo. Ya los señores de Vizcaya gozaban independencia cuando vosotros no pensábais ni conquistarla. En uno de sus dramas lo dijo, poniéndolo en labios del magnate vizcaíno, el gran Tirso de Molina:

«Cuatro bárbaros tengo por vasallos  
a quien nadie jamás conquistar pudo.

El hierro es vizcaíno que os encargo.

Corto en palabras, pero en obras largo...»

Conque... ¡suás! ¡suás!... Esto, traducido del vasco, quiere decir: ¡Vete con viento fresco!... En cuanto a mi lengua, por su tradición, por su patriarcal sencillez, se remonta a los orígenes del mundo...; su academia dispersa está en los vagidos de tribus errantes que saludaron al mundo en su noble cuna. Su construcción gramatical, por infantil, por aromada en la ruda naturaleza, parece el beso de la luz al encender la tierra, el primitivo juramento de amor que se escuchara en la umbría de las selvas...

¡Catalán! ¡fijate! En mi lengua patriarcal, *maitia*, dulce, suave palabra, quiere decir amor, cariño... ¡Pronúnciala! ¿A que no sabes? *Illarguita*, que es *luna*, significa *luz muerta*. *luz de los muertos*; ¿viste más sencillo, más poético símbolo? *Guizóna*, que quiere decir hombre, significa *bella, hermosa creación*... ¿Acaso conoces algo más rústicamente bello?... Todo es noble, sencillo, magníficamente patriarcal en nuestra augusta lengua, tan sagrada como el dolmen primitivo o la cuna de la humanidad... Cuando vosotros ibais a Provenza a cantar trovás..., mi lengua primitiva había paseado el universo llevada por pastores y errantes aventureros...

—¡Qué poca solta tienes, vascongadillo! ¿Y tú qué has hecho en el mundo? ¿Cantar zortizos?

—En el mundo he hecho yo mucho más que tú. ¡Dos guerra civiles para conquistar mis fueros y mi independencia, que tú no lograste aún con tu Mancomunidad o con tu... Cojomuni-

*dad*, que así se llama en tiempos de Romanos...

—Yo hice una guerra también...

—Sí, la de 1640, aprovechándote de la de Portugal, siempre noble, *noy*. Pero te vencieron... En cambio yo conservo mis fueros, mis preeminencias y, sobre todo, mi amor a España... Todo eso soy, y te diré, además, que no me asustan tus bravatas, porque yo, que amo tanto a España, fui separatista, y estuve unida con Francia...

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Cuando la Revolución francesa... En la Convención nacional cantaron las glorias del país vasco; el gran Rousseau vino al vasco país y hasta dedicó un libro suyo a los antecesores de quien este artículo firma. ¡Y es más! ¡Apa noy! ¡Eso sí que no lo has hecho tú! En San Sebastián dominó la revolución francesa, y en una de sus plazas, en la de la Constitución, instalóse la guillotina, y si vas, *noy*, al Ayuntamiento de nuestra *Donostiya* hallarás papeles gloriosos fechados en «*San Sebastián en Thermidor de 1794*». Ya ves, pues, *noy*, que si nuestra tradición se pierde en las nubes a nuestro espíritu revolucionario nada le asusta...

—¡Apa! También nosotros hicimos revoluciones... ¡Pobre vascongadillo! ¿Y tú D. Carlos? ¡Ja! ¡Ja!...

—¡Arre!

—¿Don Carlos? De no auxiliarlo vosotros en Cataluña, hubiera fracasado. ¿Y qué tenemos que ver nosotros con D. Carlos? Lo arrojamos de nuestras montañas, pero conservamos nuestros fueros, que han sido gloria del país, que han hecho de San Sebastián la perla de España, de Bilbao vivero de riqueza...

—¡Claro está! ¡Os concedieron ventajas y preeminencias! No pagáis contribuciones, ni derechos reales...

—Eso prueba que fuimos más enérgicos que vosotros. Prueba eso las ventajas del régimen que pedís, pero la torpeza vuestra... Porque nosotros, históricamente separatistas en el hecho, gozando de un régimen absolutamente autónomo, somos el país modelo, ¡tan adelantado, si no más, que el vuestro! en carreteras, comunicaciones, escuelas, cultura... Y, además, gozamos del amor de toda España. El Monarca nos escogió por hogar durante el verano. España entera también. Sin proelamarlo a grito, vivimos en un régimen mil veces más autónomo que el que pretendéis vosotros; y expresándonos en una lengua tan distinta de la castellana como puede serlo el chino, siempre hablamos palabras de respeto y amor entre castellanos y vascos... ¿Por qué será?

—¡Quita allá! Porque sois los hosteleros y amos de huéspedes de toda España... Porque la aduláis.

—¡Demoniúa!... ¿Habrá paciencia? Porque hemos sabido ser más sencillos, más modestos, menos presuntuosos que vosotros, pero más hábiles... Vosotros tenéis razón en mucho de lo que pedís.

—¡Ya era hora, *noy*!

(Barretina y boina se pronuncian en reverencia cortés.)

—Tenéis razón, pero no la sabéis expresar por vuestro exclusivismo y pedantería... Cualquier casero del monte Igueldo tiene más sentido político que Prat de la Riva o que Cambó. Porque en lugar de conquistar prosélitos, de ordeñar la vaca para el castellano como el casero vasco lo hiciera, de conservar con faz amable sus fueros, sin perjuicio de organizar una

NO COMPRAR NADA

SIN VISITAR EL

BAZAR X

ESPOZ Y MINA, 4

nueva guerra cuando se los arrebaten, cosa que no haréis vosotros a pesar de vuestras amenazas fieras, vosotros guardáis vuestras valentías para el gesto agrio, para la exhibición de uso externo, pedantería y presunción... Jugáis a la nacionalidad... y os hacéis antipáticos por gusto. Escogéis cuantos embajadores molestan por su antipatía al Parlamento y al resto de España... Soís, además, mezquinos en vuestra propaganda, no tenéis ni siquiera el espíritu industrial o *yanki* de que presumís para conquistar opinión y fuerza... ¡Queréis en vuestro orgullo que Madrid vaya a Cataluña, que la montaña vaya hasta vosotros ya que vosotros no venís a ella!... Y teniendo razón en vuestra protesta contra la decadencia política de España perdéis la partida. ¿Por qué no os extendéis conquistando con vuestras doctrinas al resto de España? ¿Por qué no salís de Cataluña?

Teniendo, pues, motivos de agravio, como los tenéis, queréis poner entre vosotros y España la barrera de un idioma, las del agrio gesto, de aquel duro ceño de que habla con asombro *Melo* en sus *Guerras de Cataluña*, la de varias manidas, rancias cosas, retales de Juegos Floral, monomías de anticuario, grotesca resurrección de ceremonias ofensivas, puerilidades, cosas que fueron!... Entre vosotros falta un hombre audaz, simpático al resto de España, moderno, progresivo, amable y mundano en la relación social, diplomático sutil, que funda vuestras doctrinas en moldes nacionales, sin prejuicios ni monsergas... Queréis ¡infelices! vestir americana y cubriros con el almete de *En Jaume el Conqueridor*! Somos nosotros más prácticos, amado *noy*! Abrimos al español nuestros brazos, nuestros Casinos nuestras playas, nuestros corazones; somos mil veces más separatistas en la práctica que vosotros pero más españoles... y más cucos! ¡Y si mañana se atentara a nuestra independencia, toda España nos defendería! ¡Por qué con el amor nos impusimos a ella! Y España toda nunca olvida nuestras verdes montañas, nuestras suaves playas, nuestros hogares dulces, nuestra cortésia y cultura, nuestro suave clima, nuestra raza noble que es fiera para el ajeno orgullo y dulcedumbre patriarcal para el cariño...

—Razón vas teniendo, vasco... Pero, ¿y Cataluña?

—La adoramos, la elevaríamos en altares si queréis, pues todo lo merece. Tú y yo, barretina y boina, somos el pulso de España.

—¡Moll bé, *noy*!

—¡Eso, *Ederqui, Ederqui*! Ni tú ni yo podemos ser cómplices de la atrasada España política, entre moruna y montenegrina, que simbolizan los caciques, los bandidos oligarcas, los abogados de pluma en oreja y cartera ministerial... España toda no merece tal ignominia... Pero si la aguantas, ¿qué haremos?

—¡No consentirlo, vasco amigo!

—Por eso, *noy*, cuando llegue la paz nos veremos... ¡O España es otra u otros nosotros!... Nuestro país, modelo de los demás de España, (y lo prueba que toda España nos busca no consentirá que la España decadente y corrompida por obra de sus gobernantes, siga siendo lo que es sea la de hoy, país de charlatanes, de retóricos vacíos, de holgazanes...

—¡Chócala, *Iparraguire*! ¡Así se habla!

—La paz será el principio de las pequeñas nacionalidades si los aliados triunfan, pues si no, ¿para qué la guerra? ¿Para un girar de nuevo Imperios y a Emperadores?

—¡Ah qué bien! ¿Y es esto lo que ignoran nuestros gobernantes ciegos o torpes? ¡Francia nos salvará!

—¡Calla, protervol! Guipúzcoa fué francesa una vez pero quiere ser española, fuente y mantantial de una España regenerada.

—¡Así debiéramos ser! ¡*Bona nit tinga*!

—¡*Gabón!* (Buenas noches.)

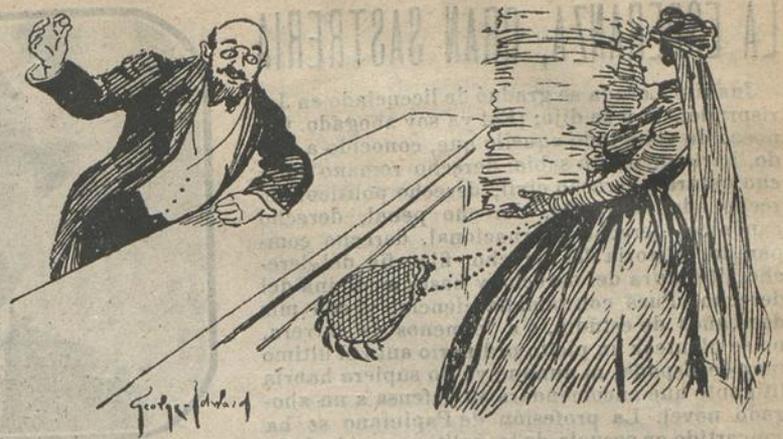
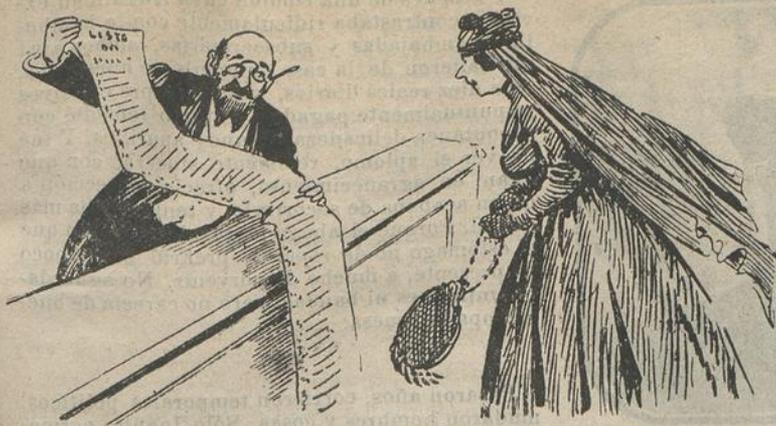
—¡*Anem fislls del poble!* ¡*Visca Guipúzcoa!*

—¡*Aurrerá!* ¡*Visca Catalunya!*

(Barretina y boina se separaron confundidas en amor, en el del porvenir de España.)

Al doblarse la barretina se oyó un quejido...

LA HERENCIA DEL MUERTO EN CAMPAÑA



—Nada más justo y más fácil, señora. Bastará que usted traiga los documentos enumerados en esta lista, para que yo la entregue todos los objetos de su heroico y difunto esposo.

UN MES DESPUÉS  
—Muy bien, señora; muy bien. Su marido, tan heroicamente muerto por los "boches", ha dejado tan sólo esta pieza de cinco céntimos. (De La Batonnelle.)

Era ¡el gorro frigio, padre de la barretina, que se quejaba así:

—¡Qué desconsideración; pobre de mí!  
—Pero tú—respondióle la barretina y acentuó la boina—tonto, torpe, ¿no te has enterado aún de que si el gorro frigio quiere ser algo, o trepa por la barretina o escala la boina? Te hablo en símbolo. Si a tu programa futuro ¡oh república! no infiltras juventud, no le das pulso de España ¡te apollarás, pobre gorro! ¿Cómo hallarás el espíritu renovador y revolucionario que proteste de la actual España política? ¿Qué quieres? ¿Que te pongamos definitivamente el gorro?

Vasco y catalán, uno hacia Barcelona, hacia San Sebastián el otro, se alejaron a campo traviesa cantando:

—¡Catalunya trionfant!  
¡Tornará a ser rica y plena!  
¡Bon cop de fals!  
—¡Guernikako arbola, Arbola santia!

Por la copia,  
**Rodrigo Soriano**

LOS DIPUTADOS POR PRIMERA VEZ



D. Fabio Bergamin, cons, por Campillos

minación de suicidarse ha ido a hacerlo en una finca de «él».

Claro que es lo que usted habrá pensado: —«Matándome en España, ¿cómo no matarme en tierra que sea de «él», si aquí «tú» es suyo?»

Al «socio» de marras...

¡Y tan de marras! ¡No acierta una!  
¿De modo que ahora otra campaña de «mo-

ralidad»? Hace unos meses, arreglando el entresuelito del café para «timbar» alegremente y ahora, porque se acabó el entresuelito, «haciendo» de Sócrates. ¡No eres tú nadie interpretando los Evangelios y los... caballitos!

Secretarios del Congreso...

Estáis llevando muy mal eso del coche oficial. Del coche de escarapela la Bombilla no es escuela. Con que, tened más aguante, que ya he dicho lo bastante.

LOS POETAS  
LOS DIENTES

Hijo mío, desnudo, sin defensa naciste. Y el mundo a que has venido no ha de ser en tus manos la bolita irisada con una cruz encima, juguete frágil de un eterno niño. Es una miserable mota de tierra, pobre sustento de una carne miserable. Desnudo y sin defensa vienes al mundo, hijo, para ser en el mundo quebradizo juguete de otros hombres que fueron niños un día como tú. Sonríes a cuanto te rodea desde el regazo maternal. Extiendes los rosados bracitos ansiosos de estrechar todas las cosas. Tú no sabes que en todo el mal se esconde; que la blandura de tus manos tiernas tropezará con punzas, con espinas, con filos, con heladas superficies o abrasadoras planchas, y que tus dulces lágrimas de ahora cuando corran mañana serán fuego. Pero ya tus encías rompen los blancos dientes menudos, afilados, amenazantes, firmes. ¡Ya eres hombre! Ya no eres todo débil. Sólo llorar y sonreír sabias y ya sabes morder. Pues, hijo, vive. Rompa tu voluntad la blanca pulpa que la encubre. No llores. Olvidate del llanto. Guarda, si puedes, tu sonrisa... y muerde.

Enrique Díez-Canedo

MENSAJERIAS  
(CONTESTACIÓN PAGADA)

Director de Seguridad...

Mi general, otra aurora boreal en la calle de las Infantas, a dos pasos de ese palacio que usted disfruta tan sosegadamente. Dé usted gracias a que Fernández Luna descubrió el robo y capturó en dos horas a los ladrones. Si no es por Fernández Luna...

¡Luna! ¡Aurora boreal! ¡Infantas!—Mi general, parece el horóscopo de *El zapatero y el rey*.

Ramón Peña...

¿Con que te vas y me dejas y decías que me amabas?  
¡Resulta que eran madejas las «cadenas» que arrastrabas!

A «un desgraciado»...

¿Conque «desgraciado» por ser rico? ¡Vaya, hombre, vaya con usted!...

Y lo grande es que todo el mundo parece empeñado en aumentar más y más su desgracia. ¡Mire usted que si el Sr. La Cierva no lo remedia la otra tarde, menuda se la hacen! Cada cuarenta céntimos, doce pesetas... ¡Una tragedia, verdaderamente una tragedia!

Al apache suicida...

Pero, hombre del demonio, ¿también usted? Usted, como Roberto Castrovido y como el señor La Cierva, empeñado en amargar la vida a ese «desgraciado».

Porque usted, señor apache, no ha pronunciado un discurso en el Congreso, ni ha escrito un artículo, es cierto; pero usted al tomar la deter-

## CUENTO DE «LA SEMANA»

## LA ESPERANZA, GRAN SASTRERÍA

Juanito Losada se graduó de licenciado en Jurisprudencia y se dijo: ¡Eal ya soy abogado. Cozco de vista todo aquello que, conocido a fondo, haría de mí un sabio: derecho romano derecho natural, derecho civil, derecho político, derecho administrativo, derecho penal, derecho canónico, derecho internacional, derecho comparado, historia del derecho, filosofía del derecho, literatura del derecho y hasta medicina del derecho. Pues con tamaña ciencia, y con mis doce años de estudio, o a lo menos de carrera, no sé plantear un pleito ordinario ante el último juez de España; ni aunque yo lo supiera habría litigante que encomendara su defensa a un abogado novel. La profesión de Papiniano se ha convertido en escuela de la política y gaje de la nombradía, y en cada ciudad, cada bando tiene su jurisperito, que es a la vez su diputado y su agente de negocios públicos y particulares. Conque, una de dos, o tengo que comerme los libros, o tengo que contratarme de pasante en el bufete del cacique político-jurídico de la provincia.

Y como no le conviniera ni una ni otra resolución, tomó la que toman muchos escolares al salir del claustro universitario: la de colgar el derecho para mejor ocasión y buscarse por otros caminos un nombre protector. Y el camino que parece y aun ha sido en ocasiones, más llano y más corto que otro alguno, es el de la política y el periodismo.

Juanito entró como pudo y cuando pudo en la redacción de un periódico, y además se buscó un padrino: condición necesaria en estos desafíos que la ambición riñe con la suerte.

Presentóse en su nuevo escenario con una buena levita; la que había estrenado en el acto solemne de su licenciatura. Por entonces la levita estaba flamante. Con ella visitaba a su padrino y con ella iba a la redacción. Aunque no tenía otra, la usaba a diario y a todo trapo, en la esperanza, y casi en la seguridad, de sustituirla con otra mejor todavía. Había que presentarse con todo el decoro de la profesión... y de las ilusiones.

¿Qué importaba gastar y romper una levita, a quien pronto vestiría dorados uniformes cubierto de placas y bandas multicolores?

Esto vino a decir a su amigo más cariñoso y discípulo de la carrera, Antonio Borja, cuando después de ocho años de vida común, se separaron para tomar caminos bien diferentes. Juanito se aventuraba por revueltas y encrucijadas propicias a las sorpresas y a los azares. Antonio iba paso a paso por carretera vecinal, modesta, pero segura y tranquila. No llevaba a grandes alturas: tampoco a precipicios: llevaba ciertamente a la feliz mediocridad. Antonio establecería su bufete de abogado en una villa cabeza de partido y de distrito electoral, residencia de su familia.

—Tú harás carrera—dijo Antonio a Juan viéndole revolver periódicos y hablar de personas—. Me alegro por ti, y por mí, porque algo me tocará—. Antonio creía de buena fe que Juan podría protegerle.

—Y tú, quizás me serás útil. Por donde vas se llega también al poder: al poder, chico, al caciquismo. Y puedes irme preparando un distrito electoral.

Cuatro años después, Antonio, llegado a Madrid para negocios de su profesión, visitó a Losada. Habíale extrañado ya no verlo incluido en ninguna combinación de cargos públicos de las muchas a que los frecuentes cambios de Gobierno dieron lugar. Pero le sorprendió más encontrarle desaliñado y mal vestido, cosa estupenda en Juanito que gustaba del boato, y presumía siempre de elegancia, y no vanamente, por que la tenía en su persona correcta y distinguida.

Antonio, apesadumbrado con pesar verdadero porque le quería mucho, le dijo, mirándole de alto a bajo:

—Veo, que...

—¿Qué ves?—respondió Juan cariñosamente, ofendido por la observación.

—Pues, francamente, veo un sombrero muy deslustrado y con asomos de calvicie; veo una ropa muy raída y unos tacones muy torcidos.

—¿Y qué?

## SERVICIO POLICIACO



El inspector de Policía D. Enrique Grimau, que, acompañado de dos agentes, persiguió a los "apaches" en automóvil, habiendo tenido gran intervención en la captura.

(Foto Marín.)

—Que no has prosperado todo lo que queríamos.

—Está al caer, está al caer la fortuna: cuestión de días. ¿Qué importa pasarlos medianamente cuando se espera llegar?

—Menos mal, hijo. Siquiera no padeces. Tienes el bienestar mejor: el del espíritu.

—Completo. Te repito que la suerte está al caer. Precisamente hoy me ha llamado mi hombre. Voy a vestirme para verlo. Ven conmigo a casa.

El cariño de Antonio recibió un consuelo al oír cómo Juan hablaba de vestirse. Parecía evidente que tenía otra ropa mejor que la puesta, la cual, sin duda, era el traje de faena del periodismo militante.

Pero el traje de gala no le superaba. Antonio reconoció la histórica levita de Juan, hermana de la suya. Ambas cortadas y cosidas por el mismo sastre y para la misma ceremonia. No obstante su visible deterioro, Juan debía de considerarla como prenda riquísima puesto que, mirándose al espejo, se contoneaba con ella, mientras la cepillaba con esmero inútil, y aún perjudicial, porque el frote del cepillo, antes sacaba la hilaza que las manchas del tejido, abriéndolo con ese brillo parduzco de ala de mosca que el tiempo imprime indeleblemente en la ropa, como pátina de su antigüedad.

—No creo que esté mal la levitilla. ¿Eh? ¿Qué te parece?

—Que podía estar peor todavía.

—Sobre todo, para lo que le quedá de servicio... Cosa de semanas; de pocas semanas. Bien puede aguantarlas con decoro. Después la tiraré al arroyo para los traperos. No, tirarla no; merece el respeto de los monumentos históricos. La guardaré como trofeo y memoria de los tiempos de lucha; como las casas grandes conservan el arnés de guerra de su fundador.

—¿Y qué ropa me voy hacer! Hay que vengarse de estas escaseces. Lo primero un frac... no, dos. ¿Qué menos ha de tener un hombre de mundo? Dos cada año, por supuesto; y 10 son muchos para usados a diario. Luego, el medio vestido: el smoking. Y las dos levitas para las tardes; el chaquet para las mañanas, el gabán largo; el gabán corto; el de pieles para las noches. En fin, una sastrería completa. Ya verás, ya verás. De esta conferencia puede resultar todo: un acta que es todo, porque en política, quien no es diputado no es nada.

—¿Y por qué no te la dió tu hombre cuando fué ministro?

—Realmente fué un ministro en crisis desde que juró. Nunca estuvo enteramente conforme con aquella política; la aceptó por patriotismo y dimitió en cuanto pudo hacerlo. Me ofreció destinos: no los admití por insignificante; yo carecía de condiciones legales para los que merezco. La ley ha cerrado la puerta al favor; pero a la vez al talento. No quiero vender mis derechos y servicios por un plato de lentejas. Por eso me empené y sigo empenado en obtener el acta: la llave de los gobiernos civiles, de las subsecretarías, de las legaciones diplomáticas.

—Ya veo que sigues empeñado y en mal camino para desempeñarte.

Y después de una comida cuya frugalidad excesiva contrastaba ridículamente con la bambolla de embajadas y subsecretarías, ambos amigos salieron de la casa, que era de huéspedes, de a diez reales diarios, y no siempre efectivos ni puntualmente pagados. Antonio remedió con espontánea delicadeza algunos apurillos. Y fué de ver el aplomo, realmente sincero, con que Juan, en agradecimiento, ofrecía protección a quien acababa de socorrerlo, y tenía y valía más que él. Porque el abogado rural, sabiendo que el estómago no da esperanzas, prefirió ganar poco de presente, a mucho de porvenir. No aguardaba uniformes ni bandas; pero no carecía de buena ropa burguesa.

\*\*

Pasaron años, corrieron temporales políticos, mudaron hombres y cosas. Sólo Juanito permanecía parado, inmóvil, pero esperanzado y alegre. Siempre en su periódico, siempre con su mismo sueldo escaso, siempre en su pobre hospedaje, siempre en su tertulia y siempre con su levita. Como él estaba en el mismo lugar donde empezó, creía que nada ni nadie se había movido, ni pasado. No se enteraba de que iba encaneciendo, ni echaba de ver la decadencia de su levita.

\*\*

Seis años más tarde, el periódico donde Losada había consumido estérilmente su juventud, anunció la muerte de su pobre redactor. Murió de tisis, la enfermedad que, como el opio, hace soñar al alma en viajes y placeres mientras va matando el cuerpo. Fué muerte propia de aquel invencible soldado de las ilusiones. El gladiador muere envuelto en la nube de polvo que le nubla los ojos, esperando que ha de vencer, oyendo el aplauso y la aclamación de la muchedumbre. Así acabó nuestro hombre: envuelto y cegado por el polvillo de oro de la esperanza sempiterna. Y así vivió alegre, feliz, sin un día negro, en medio de sus años de miseria que tantas tristezas merecían. Fué enterrado casi de limosna, con el acompañamiento de algunos compañeros en la prensa y con su levita por mortaja. ¿Quién le dijera que habían de amortajarlo con aquella levita por no tener otra! ¿Quién le dijera que había de ser cobertor de gusanos aquel paño con que él se consideraba bien vestido, tan bien vestido que le vistió hasta en su muerte!

¿Y por qué consideraba buena y limpia y hasta elegante aquella prenda antigua, sucia y destrozada? Porque todos los días esperaba tirarla y sustituirla.

La levita era un símbolo del carácter de Juan: cubría un pecho lleno de ilusiones que contrarrestaban la enfermedad que lo consumía. Y la esperanza y las ilusiones visten al espíritu con ropajes espléndidos de su guardarropía teatral.

Gracias a esa ceguera dichosa Juan tuvo siempre una levita nueva sin tenerla, y una alegría inagotable sin motivo para alegrarse. Esperando siempre mejorar de vestido y de fortuna, no conocía la vejez sucia de la levita, ni la cara triste de su pobreza. Nunca sintió esa desnudez que hiela a las almas desencantadas. Le vestía a su antojo y capricho un habilísimo sastre que agranda lo pequeño, recose lo roto, reforma lo usado, y da fortaleza a lo gastado: la esperanza. La esperanza, gran sastrería, donde a pesar de su baratura, no pueden a veces vestirse los poderosos y soberanos de la tierra.

Eugenio Sellés

## "Armando Guerra"

Por hallarse enfermo desde hace algunos días nuestro ilustre compañero «Armando Guerra», falta por vez primera en LA SEMANA artículo suyo.

Tratase, por fortuna, de una dolencia pasajera y ello nos hace esperar, y desear, que desde el próximo número continuarán sus comentarios, tan unánimemente elogiados por cuantos los leen, afines y opuestos en el modo de juzgar la campaña europea.

# COSAS DE LA SEMANA

... Varios días de preparación del delito; un asalto al local; tres pinchazos al dependiente; cuerdas, mordazas, estiletos, cloroformo, automóvil...

¡Muy complicado! ¡Excesivamente complicado!

¡Y todo para apoderarse de 15.000 pesetas! Con razón dicen las gentes que éste no ha sido un robo a la española.

¡Claro que no! Aquí hacemos mejor las cosas. Aquí compramos terrenos a cuarenta céntimos el pie, y luego esperamos un «Proyecto de Urbanización» para vender la misma medida superficial en doce o catorce pesetas...

Y una vez realizado el negocio, quizás nos encuentren en Guadalajara, pero no en calidad de suicidas, sino en calidad de vivos, de los más vivos.

\*\*

Realmente la odisea de estos apaches ha resultado complejísima.

Como que parece una charada.

Oigan ustedes.

El Argentino viajaba en segunda, y sus dos cómplices en tercera...

El agente que los detuvo, que era agente de segunda, será ascendido a agente de primera...

Y el revisor del mixto de Zaragoza, como todos los revisores de trenes, lo era de primera, de segunda y de tercera.

Es decir: el todo.

¡Y tan el todo! Como que si no es por él no se descubre nada.

\*\*

Total: que el éxito policiaco en este asunto de la banda de apaches, ha sido un éxito por carambola.

Y por una banda.

\*\*

Pero nada tan cómico y macabro como lo del brillante desaparecido.

«Temiendo que el suicida se lo hubiese tragado, un médico realizó la autopsia en el vientre del apache.»

Y ¡oh, decepción! En los intestinos del desdichado no se encontró el solitario, ni... la solitaria...

Ni macho, ni hembra.

Algo de lo que le sucedía al propio interesado.

\*\*

Pero dejemos a los apaches; vamos con los políticos. Sabrán ustedes que a los casos de Junoy y Salvatella hay que añadir el de Rodés y no sé si alguno más.

El número de los naufragos aumenta.

Y por lo visto, han creído que la Monarquía es una salva-vidas.

Para ellos, puede que sí.

\*\*

La verdad es que debemos quedar en toda España tres o cuatro republicanos a lo sumo.

Yo estoy deseando quedarme solo.

A ver si me enseñan, por ahí, como a un bicho raro.

Soy tan humilde, que hasta dejaré que me contemplan dentro de mi jaula.

Pero que no me echen de comer, porque es inútil...

\*\*

Hay quien se asombra del cambio de actitud

de los catalanistas con relación al conde de Romanones.

La Liga que empezó pegando, ha aflojado mucho en sus intransigencias.

Nosotros ya lo presumíamos.

A un cojo no hay Liga que pueda apretarle mucho.

\*\*

Acertijo:

¿En qué se parece un río muy chico a un pánico muy grande de Romanones?...

Pues en que el río chico es arroyo.

Y el miedo del conde también es a Royo... Villanova.

Luis de Tapia

## LA TORERÍA

### JOSELITO Y LA GUERRA

El artículo de Eugenio Noel «Por qué los toreros son aliadófilos», me ha sacado de quicio. Este hombre Noel es un fantástico que asusta.



Joselito "er Sabio,"

¿Pues no dice, tan fresco, que en España hay 415 plazas de toros?

¿Y que los toreros son aliadófilos por varias razones?

Y todo esto lo escribe el batallador e infatigable apóstol del progreso, mezclando a sus exageraciones tartarinescas una empachosa erudición que él cree definitiva.

Para convencernos de si era él o nosotros los equivocados, en esto de las filias y de las fobias taurinas, decidimos salir de dudas preguntando su opinión sobre la guerra a los propios toreros.

Y ante la imposibilidad de interrogar uno por uno a todos los lidiadores, optamos por hacer la

pregunta al más caracterizado de ellos; al más fiel representante de la torería moderna; a la cabeza visible del toreo; en una palabra, a su santidad el papa Joselito I, el Sabio.

Y le vimos y nos recibió en audiencia en la elegante casa que su plenipotenciario en Madrid habita en la calle de Alcalá, 73.

La conferencia se celebró en un gabinete de tonos claros. Yo ocupé un asiento debajo de un retrato cuya dedicatoria dice así: «A Joaquín Menchero, el mejor de los aficionados, el peor de los toreros», y la firma es de Joselito el Gallo.

José Gómez, para abreviar, y ya dentro de la conversación, nos recibió, al saber nuestro objeto, con la sacramental frase: no me hable usted de la guerra.

Pero yo estaba dispuesto a confesar al papa, y por fin pude sacarle, estas o parecidas afirmaciones:

—Mire usted, Don Pepe, los toreros no debemos ser más que toreros y no nos conviene afiliarnos a este o al otro partido, sino trabajar lo mejor que podamos para quedar contentos a todos los que van a la plaza.

Yo no tengo ni tiempo ni cultura suficiente para discutir sobre los problemas mundiales; toda mi vida la he ocupado con el arte a que me dedico.

Ahora bien; no estoy conforme con lo que asegura el Sr. Noel en su artículo de LA SEMANA.

Los toreros no somos ni francófilos ni germanófilos.

Hay de todo, como en todas las clases sociales; y también existen muchos que, como yo, admiran por igual lo bien que pelean unos y otros; la energía con que luchan tirios y troyanos.

Es decir, que yo, amigo Don Pepe, soy en ese asunto completamente neutral.

Tengo en muchas cosas en que ocuparme para gastar el tiempo en esos otros problemas. Como usted sabe muy bien, esto del toreo es lo suficiente para llenar por completo una vida por larga que sea.

Yo, además, tengo tres casas en que pensar, además de la mía: las casas de mis hermanas; las tres casadas, por cierto, con lidiadores; una, con mi peón Cuco; otra, con Ignacio Sánchez Mejías, y la última, con Manuel Martín Vázquez.

Por si esto fuera poco, los compañeros acuden a mí a menudo para resolver pleitos y cuestiones.

Y cuando arreglo satisfactoriamente alguno de éstos, entonces es cuando tengo una verdadera satisfacción.

Yo no he de hablar de la solución dada al asunto Gaona, ni de lo del veto de Belmonte, ni de la cuestión de San Sebastián, ya terminada satisfactoriamente, con todos los pronunciamientos favorables para Juanito. Ni de mi mediación en el asunto Pastor-Echevarría. Lo que sé y sabe toda la afición es que, en todas estas discusiones, he puesto de mi parte cuanto me fué posible, porque acabaran beneficiosamente para mis compañeros.

Como nos apartábamos del tema principal de este trabajo, quise, antes de que terminásemos nuestra conversación, saber el número de contratos que Joselito, el prodigio de veintiún años, tenía firmados para el 1916, a lo cual me contestó el famoso diestro:

—Hasta el sábado 17 de junio llevo toreadas 37 corridas, y me faltan de torear 67, que suman un total de 104 fechas.

Que, sin Francia, ni Méjico, y con una solo en Lisboa me parece que es un número respetable de corridas contratadas en un año.

Don Pepe

Está prohibida la reproducción de texto y grabados de LA SEMANA a todo el que no haga mención de su procedencia.

## ¿Cómo y cuándo ganó usted su primera peseta?

Cuando yo tenía diez años, comencé a tocar el violín en el teatro del Liceo, de Salamanca, con el sueldo diario de «tres reales»; la compañía era de verso. No me acuerdo de más nombres que el del gracioso, como entonces se decía; llamábase Rojas.

Luego toqué en el teatro del Hospital—que hoy lleva mi apellido—, en una temporada de ópera, dirigida por A. Agustín. Recuerdo que en una y otra temporada solía dormirme sobre el violín (1)... como que a las ocho de la mañana, tenía que estar escribiendo en el despacho de un abogado, y en primavera, antes de dicha hora, llevaba a pastar en las eras un corderillo.

Muy luego, fui también llamado a tocar el violín en las iglesias; es decir, que desde la edad de diez años, casi puede decirse que ganaba para mi sustento. Pero lo que más grabado ha quedado en mi memoria, es lo que siguió a los primeros bailes de máscaras, en que yo formé parte de la orquesta.

Cuando me citaban para tocar aquí o allá, nunca me decían lo que iba a ganar, admitiendo después lo que me daban; sentada esta «premisita», invitáronme a unos bailes de máscaras, a los cuales asistí; verificáronse cinco, y transcurrió largo tiempo sin llamarme ni decirme nadie palabra de ellos. Mi buena madre me instaba a que preguntase a algunos de los mismos si les habían pagado... mas yo no osaba hacerlo y el tiempo pasaba.

Viendo que aquello parecía olvido o conclusivo, haciendo esfuerzos de imaginación, vine a creer que una cuenta (ya cobrada) de función de iglesia, diez reales, que no me explicaba bien a qué servicio correspondían, eran los correspondientes a los bailes. ¡Poco era, en verdad, dos reales por cada baile!... pero, ¿qué remedio? Ya crecería, adelantaría y aumentarían mis ganancias. Olvidado ya por mí el asunto, diéronme un día recado de ir por la noche a una escuela de niños que había en la plaza de Santo Tomé—hoy de los Bandos—, a cobrar los famosos bailes de máscaras. No hay que decir la alegría que de mí se apoderó, confiando en que un duro, por lo menos, me habrían de dar.

Puntualmente acudí a la escuela, con gravedad relativa y como si no hubiera pasado por mí tal drama psicológico. Sentéme el último, en uno de los bancos; el presidente pasó lista, y yo pasé horrores durante su lectura, porque pensé si se habrían divertido conmigo y no figuraría mi nombre, en cuyo caso... ¡adiós «Amantes», «Garín», «Verbena», «Dolores», «lechón»,

vaca y ternero...» y digo así, porque me hubiera caído allí muerto de repente!

Pero no, no me había engañado; oí mi nombre y respondí con toda la serenidad que pude.

Luego repitieron la lista, añadiendo a cada nombre la cantidad que le correspondía en el reparto. Entonces se contaba por reales; pues bien, cuando nombraron el mío y añadieron «ciento»... yo me así instintivamente y con fuerza al banco-mesa sobre que estaba apoyado, pues por unos instantes perdí la noción de la vida. Cuando me serené algo, se me pareció que había crecido una pulgada lo menos; pensé en mi madre, en mi hermano, en todos los de casa. ¿Qué dirían cuando supiesen el capital de que era portador?

Procedióse al reparto del dinero; llegado mi turno, me aproximé a la mesa del presidente. Preguntáronme si llevaba pañuelo. Contesté que sí, y lo enseñé, mas no servía para el objeto.

Querían echar en él los cien reales «en cuartos» y resultaba pequeño: como que sumaban 425 piezas, poco menos que las actuales de diez céntimos. Entonces me preguntaron si tenía rotos los bolsillos.

Previo rápido examen contesté que no, y fuéronme echando pesetas y más pesetas en el bolsillo derecho del pantalón, hasta sumar las veinticinco, y a fin de que el bolsillo no se rompiera, aconsejáronme que pusiera ambas manos sobre él, y en tan extraña posición—gracias que era de noche—que me hizo decrecer la pulgada de marras, emprendí veloz carrera, llegando a casa rendido por la emoción y por el peso.

¡No es para descripta la escena que en casa se desarrolló! Mi pobre madre no podía ocultar su satisfacción y su alegría; mi hermano me miraba con asombro, y yo no estaba menos asombrado de «mi importancia artística» y del montón de dinero que, apilado sobre la mesa, me producía tanta admiración como si contemplara el palacio de Aladino.

¡Qué tales serían mi osadía y orgullo, que hasta me atreví a tomar cuatro cuartos, recabando, casi imperiosamente, la libertad de gastarlos en lo que se me antojase!

Tendría a la sazón once años.

Tomás Bretón

## BANQUETE A UN ABOGADO



D. José Polo de Bernabé, rodeado de los amigos y compañeros que el pasado domingo le obsequiaron con un banquete en Parisiana, para festejar que ha sido designado secretario de actos de la Academia de Jurisprudencia

## UN MES DE CORTES

Un mes largo llevan funcionando las Cortes. ¿En qué lo ha conocido el país? ¿Qué proyecto del Gobierno o qué proposición de las oposiciones se aprobó en tanta y tanta sesión inútil?

Ni un proyecto de ley, ni una proposición de ley. Se aprobó el Mensaje en el Senado, y todavía se discute en el Congreso, ¡y lo que te rondaré, morena!

Unos a otros, Gobiernos y oposiciones, se echan la culpa. El eterno y abominable «más eres tú». Pero la culpa, en realidad, es de todos. La culpa es del Gobierno, que deja hacer a las oposiciones; la culpa es de las oposiciones, que dejan no hacer al Gobierno. La culpa es de los Presidentes de las Cámaras, que presiden Cuerpos Colegisladores con la elegante indiferencia y el desdenoso empaque de quien preside un casino o un club de recreo.

En el Senado, fuera de los debates del Mensaje, las sesiones duran una hora, hora y media lo más, «porque no hay asuntos». ¿Han visto ustedes nada tan trágicómico? ¡Decir que «no hay asuntos» en un país como España y en circunstancias como las presentes, cuando todo está por tratar, por estudiar, por discutir y por resolver! Todo, absolutamente todo; desde el problema de las subsistencias al problema de la organización militar; desde la reorganización de servicios hasta al crédito agrícola.

¿Pues y el Congreso? ¿Qué me dicen ustedes del Congreso, donde todos los días se abre la sesión por misericordia divina, porque no se le ocurre a nadie contar el número, que nunca pasa de cinco o seis diputados? El Sr. Villanueva, que según declaración propia, hecha desde el sitial de la Presidencia en su incidente con el Sr. Seoane, no tiene más que una docena de amigos entre los 409 diputados, raro es el día que no subraya su brusquedad característica, originando escenas deplorables.

En un mes ha tenido desagradables incidentes con Seoane, con Sánchez Guerra, con Leopoldo Romeo, con Cierva, con Santa Cruz, con todas las oposiciones, sin contar con algún ministro. ¡Ah! Y sin contar con la tribuna de la Prensa, que para el Presidente del Congreso es algo que maldita la falta que hace, puesto que la otra tarde, y al decir desde la tribuna una voz: «¡No se oye!», el Sr. Villanueva se apresuró a replicar desdeñosamente: «¡Ni falta que hace!»

¿Qué concepto tan singular y extravagante tiene del régimen parlamentario el Sr. Villanueva, que confunde la autoridad con la destemplanza, tratando con los diputados, y la función presidencial con el desdén tratando con los periodistas?

¿Quien le ha dicho al Sr. Villanueva que no hace falta que la Prensa oiga los debates parlamentarios? ¿Es que hay Parlamento alguno en el mundo donde la Prensa no tenga tribunas? ¿Por qué supone que los periodistas están en la tribuna como de favor? ¡Están, conforme al Reglamento, con un derecho perfectísimo, y conforme a un régimen democrático, en lo social y en lo político; tienen una tribuna en nuestro Parlamento como las que hay en todos los Parlamentos del mundo,

NUEVO TEATRO



Exterior del teatro Reina Victoria, de la Carrera de San Jerónimo, recientemente inaugurado.

solo que la de aquí es muchísimo peor, como el Sr. Villanueva sabe, sin que haya hecho nada por remediarlo.

Pues si cuando el Sr. Villanueva pronunciaba aquellos largos discursos hablando de las Sociedades mineras del Rif, y aquéllos no menos largos combatiendo los presupuestos de Fomento, y aquéllos otros, siempre largos, defendiéndolos desde el banco azul, no hubiesen dicho nada los periódicos, ¿quiere decirnos, con la mano sobre el corazón, si estaría a estas horas en el sitial de la presidencia? ¡Como no estuviera!

¿Es que entonces, cuando el Sr. Villanueva hablaba como simple diputado, hacia falta que la Prensa oyese, y ahora que como presidente no habla nunca, no hace falta que la Prensa oiga? ¡Por supuesto que como tiene que oír a diario protestas contra el presidente!...

Lo que hace falta en el Congreso es un poco menos de desdén y un poco más de actividad, método y eficacia en los debates. Menos campanillas y más campanilla, aunque parezca paradójico. La seriedad ociosa no es cosa del Congreso, sino de Olimpo.

En el Congreso hay que trabajar legislando; y cuando se presencia una sesión y otra sesión de charla inútil, entre envíos de caramelos y exhibición de «toilettes» femeninas, no se cree nadie en una Asamblea legislativa, sino en un Club más o menos deportivo.

El Gobierno tiene deberes parlamentarios que no cumple; las oposiciones tienen deberes parlamentarios que no cumplen; los Presidentes de ambas Cámaras—el del Congreso más, por ser ésta la Cámara especialmente deliberante—también tienen deberes parlamentarios que tampoco cumplen. ¿Deberes parlamentarios del Gobierno? Evitar los debates huecos por el medio de «no ha lugar a deliberar». ¿Deberes parlamentarios de las oposiciones? Obligar al Gobierno a legislar sobre tantos problemas urgentísimos por medios de proposiciones incidentales. ¿Deberes parlamentarios de los presidentes de ambas Cáma-

ras? Mediar entre el Gobierno y las oposiciones para que cada día, antes de la sesión, haya materia útil que discutir y número bastante para votar.

Lo que ocurre es una vergüenza, una gran vergüenza para todos. El espectáculo diario de esa batuda de oradores que, sin ton ni son, hacen gimnasia palabrera mientras el país aguarda leyes económicas, es una insigne ridiculez. Los jefes todos—de mayoría y minoría—deben acudir al remedio inmediato y radical: prohibir la intervención en los debates a todo el que no lleve una solución eficaz, palpable, «gacetable».

Hace un mes que desde el *Heraldo* pedíamos la formación de una «Junta parlamentaria» para trazar, de acuerdo entre todas las fuerzas políticas, el programa mínimo legislativo, a base de soluciones económicas, y de la supresión de «debates políticos».

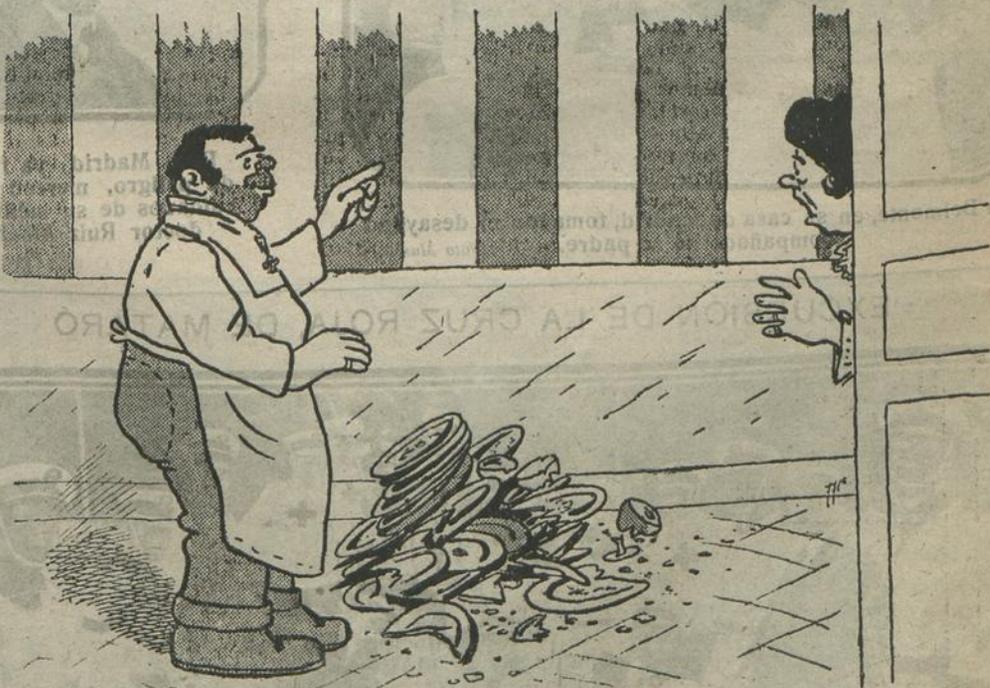
Hace unos días el Gobierno, en vista del debate catalanista, busca que se las pela una «fórmula». Pero como Cambó «ha progresado en uno de los frentes»—el maurista—, la fórmula no parece; o si parece, al fin, costará un sentido.

De todas suertes, el primer mes de Cortes no puede ser más desdichado para mayoría y minorías.

Nadie cumple con su deber; ni siquiera los que abominan tanto del compadrazgo monárquico-republicanos y tradicionalistas; ni siquiera los que hablan tanto del «corro»—los mauristas—se han levantado para protestar. ¿Cómo han de levantarse, si el día que más, entran en el Salón cuatro diputados?

Cristóbal de Castro

EL CRIADO, AL VOLVER DEL FRENTE



La señora.—¡Por Dios, Mauricio, me ha asustado usted con ese ruido!  
El criado.—¡Ay, señora, cómo se conoce que no ha estado usted en el frente! ¡Si la señora hubiera oído los 42!...

(De 1 a Fêle-Méle.)

**LECHE CONDENSADA**  
NO HAY MEJOR QUE LA QUE FABRICA LA SOCIEDAD  
"LOS PIRINEOS"  
EN GUERNICA (VIZCAYA)

EJERCICIOS GIMNÁSTICOS EN LAS PRISIONES



El joven director general de Prisiones, Sr. Rodrigáñez, está realizando al frente de su cargo, un poco abandonado hasta llegar a él, una gestión digna de toda loa. He aquí a los penados de la Prisión de San Miguel de los Reyes, realizando interesantes ejercicios de desarrollo físico.

LOS TOREROS CONVALECIENTES



Juan Belmonte, en su casa de Madrid, tomando el desayuno acompañado de su padre. (Foto Marin.)



Paco Madrid, ya fuera de peligro, merced a los cuidados de su médico, el doctor Ruiz Albéniz. (Foto Hall.)

EXCURSIÓN DE LA CRUZ ROJA, DE MATARÓ



Secciones de camilleros y ciclistas de la Cruz Roja de Mataró, efectuando ejercicios y simulando servicios en su excursión a San Andrés de Llavaneras (Foto Palmira.)

LOS LIBERALES TALANES



Banquete con que los diputados liberales talanes han agasajado a su jefe, señor conde de Romanones, para celebrar su intervención en los debates de esta sesión. (Foto Ortiz.)

ARTISTA



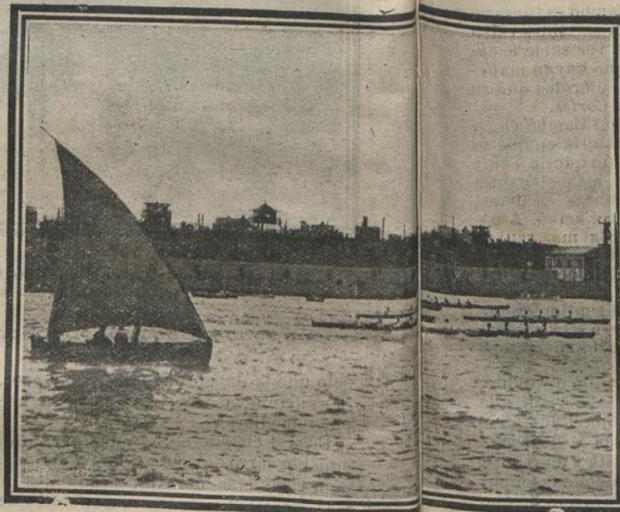
Amalia Martínez, que ha realizado en Madrid una lucida campaña.

EXPOSICIÓN EN BARCELONA



Momento de la apertura oficial de la Exposición de la Ciudad-jardín, instalada en el Museo Social de Barcelona. (Foto Pérez Rozas.)

CAMPEONATO ESPAÑOL DE REGATAS A REMO EN BARCELONA



Interesante detalle de las regatas a remo que se celebran en Barcelona, disputándose la Copa de S. M. el Rey. (Foto Ortiz.)



El público, compuesto en su mayoría por la aristocracia barcelonesa, presenciando las regatas.



La yola "Salón", que logró el campeonato, tripulada por los señores Gutiérrez, Rigol, Boronat, Vidal y Baldiris. (Fotos Pérez Rozas.)

REGRESO



La artista Angeles de Granada, que acaba de regresar de la Habana, donde ha actuado con éxito. (Foto Ortiz.)

PRESENTACIÓN DE CREDENCIALES



El ministro de Méjico en Madrid, Sr. Sánchez Azcona, al salir de Palacio de presentar sus credenciales al Rey, acompañado del Sr. Perinat, introducido por el Sr. Heredia. (Foto Marin.)

LA ACCIÓN MAURISTA



El pasado día 13, santo de D. Antonio Maura, el Círculo Maurista obsequió con una merienda en el Retiro a los niños que asisten a sus escuelas. He aquí un detalle de la fiesta, en extremo simpática. (Foto Ortiz.)

## Desde el jardín de la inconsecuencia

Nuestra pequeña *interview* que LA SEMANA publicó en su primer número, ha dado lugar a un ojeo formidable de todo nuestro pasado. Nuestra modesta vida ciudadana ha sido registrada y puesta en ridículo al son de trompetas, en una explosión, de sátiras y de burlas.

Periodistas que han pasado de las redacciones donde se come cura crudo a todo pasto, y se predica la revolución como dulce remedio a los males de la patria, a las empresas donde se cultiva la cortesía monárquica como un *sport*, diputados que han pertenecido a todos los partidos sin más base de rectificación que la ofrenda de una credencial o alto puesto, cuantos han cambiado de ideas con la facilidad con que se cambia de camisa, sin otras razones que la ambición o la conveniencia, todos los inconsecuentes profesionales, en suma, han tenido que ver, han censurado nuestra sincera profesión de fe monárquica, o la han satirizado, con la pluma y con el lápiz.

Bastaríanos, para contestar a unos y otros, presentarles un espejo para que se viesan retratados de cuerpo entero y contemplasen las propias cabriolas y muecas.

Pero preferimos, para solaz de los lectores de LA SEMANA, reproducir las donosas cuchufletas que se nos han dirigido desde el florido jardín de los consecuentes.

Nuestro amigo Luis de Tapia ha derrochado toda la gracia que Dios le dió a propósito de nuestra conversión, haciendo reír de veras a los que le ríen por costumbre, refiriéndoles que a pesar de los días transcurridos continuábamos militando en las filas de la mayoría, rasgo de consecuencia que con gran regocijo era comentado.

Un senador convertido al romanonismo antes de las elecciones, nos ha comparado, en los pasillos del Senado, con Robledillo, el equilibrista más perfecto y el danzante más ágil sobre la cuerda floja.

Otro graciosísimo compañero ha hecho las delicias de un grupo de senadores, comparándonos con Frégoli, el genio del transformismo.

Un personaje de muchas migas, ha dicho espiritualmente: «Junoy no se cansa de cabalgar en el Estado Mayor de todos los ejércitos», y D. Eduardo Dato, con su socarronería señorial, tras comparar nuestros pases superinverosímiles con los estupendos pases naturales de Joselito, nos ha dicho en una ingeniosa tarjetita, «que es grande amigo nuestro y próximo jefe».

Ha comparado en un periódico el espiritual cronista Santiago Vinardell nuestras evoluciones en la política, a las espantás del «Gallo» en el redondel, y la pluma ética de Roberto Castrovido ha llegado al máximo de la inspiración periodística cuando a satirizarnos tocán, evocando graciosamente a sus lectores «de un naufrago la historia», mientras Semblancat con su prosa audaz ha revelado al pueblo republicano, que hace años venimos acostándonos en la cama de todos los jefes de partido, y el incommensurable ácrata-financiero, incansable buscador de fórmulas para hacerse millonario Jaime Brosa, nos dice que somos desconcertantes, que tenemos un alma complicada, como un personaje Stendhal o de Paul Baurget, nos llama producto tornasolado, espíritu policromo; dice que nuestro inmenso corazón es un laberinto donde caben todos y se pierden todos, que somos capaces de invitar en los restaurantes de Picadilly a Semblancat y a Bonnafoux, y ha resumido nuestra «idiosincrasia amorosa» en el apóstrofe de esta pregunta definitiva: «¿Qué autoridad tiene para representar a Cataluña un hombre que es el mejor amigo de todo el mundo?»

Hasta el gran Cambó, nuestro *ídolo* y *cómplice* según la versión pública, el que nos hizo socios secretos de la Liga Regionalista, el que nos tiene atados con cadenas forjadas por sus

## MODAS DE VERANO



Cuatro elegantes madrileñas, sorprendidas en un banco del Retiro por nuestro compañero Marín.

terribles uñas de polemista perfecto, se ha metido con nosotros para colocar su correspondiente frase sobre nuestra consecuencia.

«Era definitiva mi convicción--ha dicho Cambó—de que si Junoy hubiese nacido mujer, habría sido mujer frívola, pero no habría creído nunca que fuese capaz de entregarse a todo el mundo.»

La frasecita se las trae, pero se las trae más todavía la de un nuevo correligionario nuestro, un liberal que cultiva los infundios presidenciales, el que fué a contarle al buen conde de Romanones «nuestro verdadero conde», que si dijimos aquello de «nuestra arribada forzosa a las playas hospitalarias del romanonismo», era porque en las playas se está solamente una corta temporada.

Pero hasta aquí, queridos lectores de LA SEMANA, la regocijada leyenda de nuestra inconsecuencia, porque queremos ofrecerles con toda la satisfacción interior del deber cumplido, la verdadera historia.

Desde 1882 hasta Mayo florido de 1916, republicanos, y nada más que republicanos, pero de los del pelotón de los torpes, es decir, más de treinta y tres años enteros y cabales de republicanos, cuando podíamos, no siéndolo, haber tenido cuanto la juventud puede desear y haber visto realizadas todas las ilusiones de la ambición y de paso las locas ansias de fortuna que a los profesionales de la política consumen y envilecen.

Treinta y tres años de republicanos, y desde 1907, esto es, nueve años de fidelidad absoluta a solidaridad catalana, más de treinta años de permanencia en filas, veteranos reenganchados, bajo los pliegues de la misma bandera, más de treinta años de servicios y de sacrificios por el mismo ideal.

Que sigan, pues, los chistes y las censuras y las ironías alrededor de nuestra versalidad.

Sobre ellas están grabadas en nuestra conciencia las palabras que nos dirigiera D. Nicolás Salmerón, el VIR BONUS de la política española, el austero de los austeros, el más abnegado de todos nuestros hombres públicos, felicitándonos por la manera como habíamos dignificado constantemente con nuestra conducta, las representaciones parlamentarias de las que nos había invertido el pueblo.

Pero la verdadera unidad espiritual de nuestra vida, la cuasi incomparable consecuencia de nuestra actuación política, está en el hecho no interrumpido hasta el presente de haber entre-

gado, es verdad, según el léxico de Cambó, donde han querido los demás, cuando los demás han querido, es cierto; pero siempre, siempre... por nada.

Emilio Junoy

## DEL MOMENTO PARLAMENTARIO

# LA ORATORIA DE CAMBÓ

Lealmente, ha de confesarse. Aparte la representación política de Cambó, dejando a un lado sus doctrinas, acres y estridentes a ratos para quienes no acojan sus mismos ideales, la oratoria de Cambó es por sí sola un fenómeno estético digno de estudiarse. Cambó habla con precisión, exactitud y sobriedad; son sus tres características esenciales. Pero habla, además, con elegancia insólita en quien no considera el castellano como idioma nativo, vernáculo, sino como idioma oficial superpuesto y según él, impuesto y posterior en el orden del aprendizaje al habla materno. El lenguaje de Cambó es literario hasta el punto de que sus discursos leídos valen más que hablados. Lo cual rara vez suele acontecer, como saben los lectores que hayan manejado esos volúmenes mazorrales y áridos que se llaman *Diarios de las Sesiones de Cortes*.

Se pudiera definir la oratoria de Cambó como una oratoria matemática, una oratoria en que se habla con signos algebraicos, según quería Taine escribir; y, sin embargo, nada más elegante, nada más literario que las palabras escuetas, desnudas, precisas que pronuncia Cambó. A pesar de haber nacido y vivir junto al mar azul, a orillas del Mediterráneo que ha dado las normas de una estética diferenciada totalmente de las estéticas septentrionales, el Sr. Cambó es todo lo contrario de un meridional, en el sentido de impulsivo, impetuoso, que suele darse a la palabra meridional. Por el contrario, es frío, flemático, sereno.

Polemista formidable, prefiere, no obstante, la personal exposición de puntos de vista a la polémica agitada y virulenta. Ejercitado en el foro, acostumbrado a las defensas y acusaciones, es todo menos un rábula, sofista y mareante. No; la oratoria de Cambó no pretende fascinar; pretende persuadir... No da la sensación de uno de aquellos eclécticos, vacilantes, voltarios, como un D. Nicolás María Rivero—de quien alguien dijo que sabía defender todas las causas para echarlas a perder—y de quien Castelar hacía una semblanza tan sustanciosa como lacónica en sus *Perfiles de personajes y bocetos de ideas*.

No. Cambó no da la sensación de un hombre hábil, y sólo la suspicacia parlamentaria puede escurrir su elogio por su cauce. Tenía razón en quejarse el mismo Cambó al comienzo de su discurso (en la sesión del miércoles) de esas etiquetas de «habilidad» que se le colgaban y en decir que si al final se le proclamaba hábil, consideraría este adjetivo como «el mayor de sus fracasos y la mayor de sus vergüenzas». No; Cambó no es un hombre hábil al estilo del Parlamento y de los parlamentarios vulgares, que juzgan todo por la lente de su pequeñez.

Cambó es, ante todo, un hombre veraz, un hombre sincero, un hombre entusiasta. No sólo es un convencido, sino que tiende a convencer, y convencer es su intención. A ratos, llega ya al frenesí de la sinceridad, al paroxismo del entusiasmo. Entonces se exalta, bracea hacia lo alto, mira hacia arriba, se diría que va a volar, como si quisiera despegarse de la rastrera realidad del sitio en que está hablando. Sus brazos hacia lo alto, su rostro afilado y seco de asceta de Ribera, su emocionante demacración, sus ojos de iluminado, expresan un anhelo místico. No es ya el diputado vulgar que consume un turno en pro o en contra, que llena parte de la sesión de una tarde, no; es un convencido, un idealista, casi diría un poseo.

Un orador tradicionalista, creo que el mediocre Sr. Feliú, dijo una vez en el Congreso, allá hacia el 15 de Junio de 1907, en los momentos más culminantes en que la solidaridad catalana parecía arrollar a los viejos partidos españoles (¡aquello fué como el heno, seco a la tarde!) que no hay cosa más intransigente que la verdad. Es

frase que no he olvidado nunca, y lástima que la dijera quien la dijo y no un Vázquez de Mella. Pero la frase debe rectificarse diciendo: «Nadie más intransigente que el que se cree en posesión de la verdad...» Cambó es de éstos. A los más encarnizados adversarios les hace vacilar; hay momentos en que su pensamiento puro y sereno debe ir recto como una lanzada a herirles en el fondo del corazón... Tal es la virtud persuasiva de su oratoria que produce una ilusión contagiosa de convencimiento, aunque sea momentáneo, a los mismos que le escuchan con más prejuicio y más *parti-pris*.

No creo que haya más oradores de verdad en el actual Parlamento español que Mella, Maura, Lerroxx, Alvarez y Cambó. Pero si Lerroxx fuera el *vir bonus d cendi peritus*, sería el estadista perfecto; si Mella no fuese difuso y torrencial, sería el tribuno por excelencia; si Maura no fuera enfático y engolado a ratos, sería el orador por autonomasia; si en Alvarez hubiera un sedimento de ideales y un fondo de cultura—y no como hay la más escueta desolación de idealismo y la más absoluta pobreza cultural—sería el orador, el orador a la latina... En cambio a Cambó no le sobra nada. (¿Le falta acaso pureza de ideales?) Es culto sin afectación, entusiasta sin intolerancia, convencido sin provocación y polémico sin combatividad. Le falta algo... cuando se le oye hablar. Cuando se le lee simplemente es el orador literario, perfecto, el orador cuyos discursos pueden pasar íntegros a las antologías, sin retoques, sin tachaduras, sin mutilaciones. Se diría al leerle que no ha hablado en improvisación temeraria, sino que ha construido y dictado los párrafos de un soberano artículo de didáctica política.

¿Qué le falta al oírle? La prosodia; la defectuosa prosodia, los vicios de pronunciación contralidos en el contacto familiar y continuo con la lengua vernácula... ¡Ah si Cambó tuviera la música soberana de la voz de Melquiades Alvarez, la precisa y sonora vocalización, la maravilla de lenguaje cantado que representa cada discurso del jefe de esa híbrida agrupación que se llama reformismo, si Cambó poseyera ese prodigio de voz que hace pensar que esa «ilustre calamidad» asturiana tiene un *ruiseñor en la garganta*, como dijo de Gayarre otro asturiano, el gran poeta Campoamor, ¿entonces qué orador español podría comparársele ni medirsele? Estarían todos ellos a cien leguas de distancia y Cambó fascinaría a las muchedumbres y las arrastraría, como él quisiera, a todas las rebeldías, a todas las fanfarronas explosiones de fuerza, a todos los sacrificios.

Andrés González-Blanco

LA PIEDRA EN EL PANTANO

EL GRITO DE CATALUÑA

Acéptese o rechácese la afirmación de Cataluña, el hecho es que en este momento de negaciones y de negativas, Cataluña es una afirmación. ¿Que es una afirmación audaz? Mejor. ¿Que es una afirmación que levanta tempestades? Cien veces mejor. ¿Que es una afirmación que rompe la unidad del rebaño patriótico que anhela la mayoría de los españoles que fuera actualmente España? Mil veces mejor.

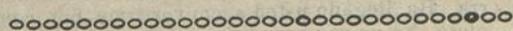
Porque Cataluña ha sabido ser una afirmación, yo rindo mi alma ante Cataluña. ¿Qué sería España, qué valdría España si Aragón, si Andalucía, si Castilla, con características tan determinadas como Cataluña, procedieran como Cataluña? España sería una afirmación en Europa, como es hoy Cataluña, y sólo Cataluña, una afirmación en España. No significaría esto la disolución del Estado, sino la fortificación del Estado.

El grito de Cataluña, en este momento, es la pedrada en el pantano. Y, obsér-

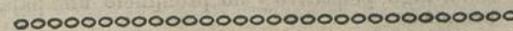
NUEVO ACADÉMICO



El ministro de Estado, D. Amalio Gimeno, cuya recepción en la Academia de Bellas Artes se celebrará mañana.



vese. Contra Cataluña, que pide una autonomía política y una completa y absoluta descentralización, se levantan en protesta los representantes de otras regiones. ¿En protesta contra estas peticiones porque ellas no implican una necesidad? No. En protesta, porque alegan que ellas, las otras regiones, no han conseguido aún lo que Cataluña ya tiene. Más claro. Estas regiones confiesan el mal del centralismo, pronuncian a diario contra



LOS PERJUDICADOS



—¿De modo que ha perdido usted sus medios de vida con la guerra? ¿Y a qué se dedicaba usted?

—Yo atravesaba la Mancha a nado, señora (De Lo Riro.)

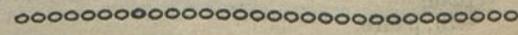
la miseria nacional, piden cada minuto mayor libertad, pero protestan contra Cataluña porque Cataluña, convirtiendo el descontento en fuente de actividad, ha aminorado este mal del centralismo y quiere acabarlo; porque ha logrado más extensa libertad y pretende aún que ésta sea absoluta. En fin. Van contra las peticiones de Cataluña, no porque Cataluña quiera afianzar el actual estado de cosas contra el que todos claman, sino porque quiere romperlo. Y claman, no en nombre de los que están menos mal, sino en nombre de los que están peor. ¿Podría dar otro país que no fuera España un testimonio de desorientación más doloroso?

La afirmación catalana revivida en esta hora trágica, resucitada en este momento, tiene un antecedente histórico. Cataluña, igual que las otras regiones españolas, han destacado su personalidad siempre que ha ido debilitándose la personalidad nacional. Siempre que la personalidad nacional ha pasado por una crisis. Y ¿cuándo ha pasado España por crisis tan dolorosa como la de ahora? Nunca. La guerra, poniendo en descubierto los valores materiales y morales de cada país, ha extendido ante nuestros ojos el mapa de España. Y en él hemos visto que no había ejército, ni enseñanza, ni Justicia, ni Hacienda independiente y propia. Que no había tampoco las energías que renacen en el alma de los pueblos cuando se sienten envueltos por una realidad que es un oprobio. El movimiento de 1820 y de 1846 se ha reproducido. Se ha reproducido con menos fuerza en las otras regiones y con más intensidad en Cataluña. ¿Está el mal en Cataluña que alza la cabeza o en las regiones que se entregan atadas de pies y manos a un Estado sin conciencia de sus actos?

Frente a la realidad catalana, al hecho que presenta Cataluña, el Gobierno y el país que hace coro al Gobierno, han encontrado ya una frase: «Autonomía política, no—dijo el presidente del Consejo de Ministros—; autonomía administrativa, sí». ¿Conque administrativa, sí, y política, no? Administración... Política... ¿Y es un hombre liberal, y es un jefe de un partido liberal, y es el presidente de un Consejo de Ministros, el que, a estas alturas, aun no ha descubierto que toda administración es política o no es nada y que toda política es eficacia, obra administrativa, o es una palabra sin sentido o una profesión sin entrañas?

Autonomía política, no, y autonomía administrativa, sí. Los que se acogen a este criterio es que, desconocedores del problema de Cataluña y, por consiguiente, de sus soluciones, no saben lo que niegan cuando niegan la autonomía política, ni saben lo que prometen cuando afirman que solo van a dar la autonomía administrativa.

Marcelino Domingo



SASTRERIA DE ANGEL MARTINEZ

LA MODA

ESPECIALIDAD EN TRAJES DE ETIQUETA Y SPORT  
Príncipe, 18, entresuelo

## DEFECTOS INCORREGIBLES

## LOS SUPERSTICIOSOS

Abundan mucho las personas supersticiosas. Ha-ta las hay que *cultivan* la superstición con verdadero entusiasmo, haciendo de ello alarde, como si no fuese un pecado de los que con más fuerza empujan a las almas hacia las tan reputadas calderas de Pedro Botero.

El que se derrame la sal sobre el mantel (que es la más salada de las supersticiones).

La rotura de un espejo (cosa desde luego desagradable si hay que reponerlo).

El nombrar a la... eso, a la... (ya comprenden ustedes que no me refiero a la jirafa).

El que entre en el aposento un moscón de tripa negra.

El encontrarse a un tuerto al salir de casa.

El dar vueltas a una silla (cosa de mal agüero para la alfombra).

Y la llegada del martes (sobre todo cuando el lunes se le ha concluido a uno el dinero).

He aquí unos cuantos hechos que suponen otras tantas desgracias más o menos próximas.

Así lo entienden los supersticiosos vulgares. Pero yo tengo una vecina llamada doña Caralampia Lechucín, que es una supersticiosa distinguida.

En un certamen de supersticiones, ahora que los concursos están de moda, doña Caralampia lograría el premio de honor.

Sobre todo si el día del fallo se le vertía el vino sobre el mantel.

¡He sabido de ella cosas estupendas!

Se le cae encima un armario lleno de ropa, la rompe la cabeza ¡y dice que aquello es una desgracia!

¿Se la pierde un billete de cien pesetas? ¡Malo! ¿Se le cae a la criada una liga en el cocido? ¡Malo también!

En fin, de supersticiones especiales y nunca oídas tiene la buena señora un repertorio magnífico.

¿De dónde habrá sacado que el encontrarse a uno de Calatayud y al mismo tiempo sentir picor en las pantorrillas es de buena sombra?

¿Quién la habrá dicho que es de mal agüero apretarse el corsé cuando hay un reo en capilla?

¿A quién habrá oído decir que si se derrama chocolate en el altar mayor, antes de un mes le dan viruelas al alcalde del barrio?

Además, doña Caralampia se guardará muy bien de tocar a un clavel rojo cuando esté constipada, porque para ella es indudable que dentro de aquel año se la extravía la cédula personal.

No recuerdo ahora qué otras extravagancias preocupan a mi vecina.

Lo que sí recuerdo es que un tal D. Ciriaco Pascual, sacerdote respetable, que estima de veras a la buena señora, lleva mucho tiempo dedicado a quitarla de la cabeza semejantes tonterías, pues aparte de que son opuestas a los preceptos divinos, la obligan a vivir en continuo sobresalto, hasta el punto de quitarla el apetito muchas veces y el sueño no pocas, debiendo a estas causas el tener siempre color de lechuga desconsolada y unas ojeras hasta las orejas.

—Señora—la dijo un día D. Ciriaco—no siga usted ofendiendo a Dios. ¿Quiere usted que hagamos ejercicios prácticos de contra-superstición?

—Si usted me lo manda.

—¿Ve usted ese moscón que zumba en los vidrios de la ventana?

—Sí, padre. ¿No le he de ver si parece un pavo?

—Bueno, pues, mirele la tripa. ¿De qué color es?

—Negra como la de un carbonero.

—Corriente. Ahora usted, impulsada por sus locas creencias, cogería los zorros y cometería con ellos el asesinato de ese pobre bicho, ¿no es verdad?

—Sí, padre.

—Pues no, hija, digo yo, ¿Quién sabe si ese moscón es un honrado padre de familia... de una familia de moscones inocentes? Y sobre todo, ¿nos hace algún daño?

—No, señor, pero...

—¿Mosconeas? ¿Y qué? ¿No mosconeas también el baritono de ahí enfrente?

—¡Ya lo creo!

—¿Y por eso vamos a matarle?

—No, señor; el vecino es más inofensivo que el moscón.

—¿Por qué?

—Porque no tiene la tripa negra.

—Vamos, doña Caralampia, no seamos así, y perdonemos la vida a ese animal.

—¿Al baritono?

—No, al moscón.

Y esto diciendo, abrió don Ciriaco la vidriera, y el insecto se fué a la calle tan agradecido y tan risueño.

Doña Caralampia quedó menos preocupada que otras veces, y al presbítero se le figuró que iba convirtiéndose a su amiga.

Otro día le dijo ésta:

—Don Ciriaco; al salir de casa he tropezado con un tuerto.

—Pues, hija, eso no es ninguna desgracia.

—¿Usted me lo asegura?

—En absoluto. En cambio yo, al salir a la calle, me he encontrado a un conocido mío que tiene todos sus ojos cabales.

—¿Y qué?

—Que me ha parado para pedirme dos duros. ¡Ya ve usted si eso es mala sombra!

Y así, suavemente, don Ciriaco iba combatiendo con éxito las arraigadas supersticiones de doña Caralampia, de las cuales se prometía verla libre en poco tiempo.

Cuando estaba ya a punto de lograrse el triunfo deseado, llegó el día de San Caralampio bendito, y la víspera de tan señalada fecha, le dijo la señora al sacerdote:

—Mañana celebros mi santo y espero que comerá usted conmigo.

—Con mucho gusto, pero...

—No hay excusa. Si es que usted teme disgustarse porque yo me preocupo al ver que el vino se vierte o la sal se derrama, yo le prometo no tomar en consideración nada de lo que ocurra. Ha llegado usted a convertirme por completo. Ya no soy supersticiosa.

—Eso me complace mucho. Cuente usted, pues, conmigo.

—Gracias. Pero le advierto que la comida será muy modesta: comida de familia nada más.

—¿Vienen sus hermanos de usted?

—Sí, señor; los tres con sus tres esposas y los cinco hijos del mayor.

—Muy bien. De modo, señora, que en total seremos a la mesa...

—Trece, don Ciriaco.

—¿Ha dicho usted trece?

—Sí, señor.

La fisonomía del sacerdote experimentó una contracción extraña. Despidióse el reverendo señor algo pensativo y no pronunció una palabra más.

Al día siguiente recibió doña Caralampia, entre cien tarjetas de felicitación, una que decía así:

Ciriaco Pascual.

*ruego a su amiga doña Caralampia le echuzin le dispense que no asista a la comida por encontrarse algo indispuesto.*

Y es que hasta las personas más respetables y virtuosas tienen algún defectillo del cual acaso no se dan cuenta. La condición humana nos alcanza a todos.

Juan Pérez Zúñiga

## LIBROS DE LA SEMANA

*Azorín*: «Un pueblecito», precio 3 pesetas. Elocuciones espirituales de Castilla. — *Zamacois*: «Sobre el abismo», precio 2 pesetas. Notable obra del popular novelista. — *Antón de Olmet*: «Canalejas», segunda edición, precio 4 pesetas. Biografía llena de confidencias del malogrado político. — *Condesa de C...*: «El Arte de seducir», precio 4 pesetas. Libro de gran utilidad científica y social. — *Pereyra*: «El Mito de Monroe», precio 4,50 pesetas. Admirable refutación de aquella doctrina. — *Carrere*: «Elvira la espiritual», precio 3,50 pesetas. Preciosa novela llena de emoción. — *Lummis*: «Exploradores españoles del siglo XVI», precio 2 pesetas. Obra de reivindicación histórica. — *Martínez Sierra*: «Cartas a las mujeres de España», precio 3,50 pesetas. Epistolario poético sentimental.

Admitense pedidos en la *Sociedad general Española de Librería*. Ferraz, 25, Madrid.

## COMENTARIO SENTIMENTAL

## EL CRIMEN A LA MODA DE ARCADIA Y EL CRIMEN A LA MODA DE COSMOPOLIS

Cuando el público, el buen público madrileño que es curioso, quizás demasiado curioso, pero en el fondo buenazo, y se interesa por todas las cosas con un criterio sentimental, supo el robo de la calle de las Infantas, con ese instinto y esa certeza de juicio que le caracteriza afirmó con rotundo convencimiento: ¡Los ladrones son extranjeros!

El público, el buen público, tenía sus razones para pensar así. El pueblo español comprende el delito como todos los pueblos del mundo; pero comprende el crimen por amor, por pasión, por celos; comprende también el robo por necesidad, el robo para, en una fiebre de deseo, huir con una mujer querida hasta la locura y la ceguera; comprende quizás el robo estúpidamente banal para darse un hartazgo de todo lo que se ha deseado años y años, para comer mucho, hacer el amor a mujeres guapas, beber vino y rodar en coche por la Bombilla con unas cuantas *gachts de postín*; pero el robo frío, matemático, pensado serenamente y ejecutado con sangre fría, el apuñalamiento de un chiquillo, la marcha cautelosa sin ni siquiera cometer la dulce inconsciencia de llevarse a la querida, eso no.

El juez rojo de Nietzsche, al contestar a la pregunta: «Por qué cometió este hombre su crimen?» Con el frío: «Quería robar!» por única razón quitábale al delincuente toda simpatía.

Somos los españoles demasiado frívolos, demasiado inconscientes y demasiado blandos de corazón para guardar esa serenidad en el delito.

Los ojos de una mujer, el llanto de un niño o la invocación al dolor de la madre tuercen fácilmente la ruta de una mano criminal.

El cinematógrafo es hoy día como un espejo de la perfección en el delito.

Tenemos ahora *films* nuestros, algunos magníficos; cuando estos son la historia de amor, el crimen por celos, el perdón, el arrepentimiento, las explosiones caballerescas dignas de los héroes calderonianos como en «La Marca Fatal» que impresionada por Morano acaban de exhibirnos, todo va muy bien; sin quererlo el público entra en situación y se indigna, hiere, mata, perdona o siente las mordeduras del arrepentimiento. Pero cuando los autores quieren sustituir la pasión, el valor, la osadía o la simple y espontánea malicia llena de irónico optimismo de nuestros pícaros clásicos por los proyectos elaborados como una fórmula científica, entonces sale mal la película y el público se ríe. Claro que ha habido películas policíacas que han despertado grandísimo interés: «Fantomas», «Los Vampiros», «Los Misterios de Nueva York» — todas extranjeras —; pero las gentes en ellas sienten una gran curiosidad, siguen con interés las peripecias, pero todo su anhelo se cifra en los amores de Miss Dogde y el detective francés, y no respiran satisfechos hasta que el ladrón (que es el viejo traidor de comedias) está desenmascarado y los enamorados son felices. ¿Qué les importa a ellos que un señor más sabio que Merlin calcule un robo como la solución de un problema? Lo que quieren es que la *gente simpática*, los calaveras locos *pero buenos ch cos*, las enamoradas que se dejan engañar por falsas apariencias y las madres a quienes el *infame* pretende mistificar, triunfen de las celadas. Y el público llora, ríe, se entusiasma y aun en los cines populares, lleva su candor hasta a hacer advertencias en voz alta a los personajes.

Cuando en Arcadia los hombres se cansaron de ser felices, cuando la vida aburrida, como todas las vidas felices fatigóles, surgió el delito. Pero fué un delito que sacaba los sentimientos de sus cauces para hacerlos desbordarse, un delito que subrayaba el amor o los celos. Los arcadianos matáronse por el cariño de una hembra, por el entusiasmo de una idea y aun cuando los licores de la vida se les subían a la cabeza, por la gloria de un histrión o de un luchador de los que se exhibían en la palestra.

España heredó de Arcadia esta concepción del delito; por eso el crimen de la calle de las Infantas era demasiado frío para ser español. Tal vez contando con que era *nuevo para aquí*, con que en España *no sabían hacerlo*, fué por lo que los *apaches* vinieron como a una tierra de promi-

sión; pero no contaban con que si bien en el delito aún estábamos en Arcadia, con la policía no sucedía igual, y que a la torpe organización de hace unos años ha sucedido una organización policiaca digna de los países mejor organizados de Europa, una policía culta, precavida, inteligente a las órdenes de un jefe caballeroso como buen militar, pero también hábil y sereno, secundado por otros agentes sagaces y trabajadores.

Y han fracasado; primero, en el ánimo de las gentes; después, lo que para ellos será más doloroso, en la realidad.

Antonio de Hoyos y Vinent

## CUATRO VERDADES

### LA REORGANIZACIÓN DE LOS INSTITUTOS

He repetido muchas veces en la prensa—y ahora lo hago una vez más, gracias a la hospitalidad que me concede el director de LA SEMANA—lo que yo creo necesario, y muy urgente, para regenerar nuestra segunda enseñanza, sin exposición de grandes planes, ni cambios de nomenclatura.

Se reduce todo a una cosa bien sencilla: *supresión de asignaturas, simplificación de los exámenes y limitación de alumnos en cada clase.*

Cuando el último intento ministerial de reformas en los Institutos, tuve la fortuna de que se interesase por mis apreciaciones, en este asunto, el entonces subsecretario de Instrucción Pública, y de no ocurrir en seguida—cosa rara!—un cambio de ministro, abriga la ilusión de que se hubiera hecho algo, conforme a mis opiniones.

Hace pocos días, en el Preámbulo del Proyecto de Autonomía para la Facultad de Filosofía y Letras, he leído con agradable sorpresa que se piensa también en el papel importante que representaría una labor análoga aplicada a los Institutos.

Por lo visto ha pasado ya por aquellas esferas la moda absurda de pensar en la inutilidad de la segunda enseñanza. ¡Como si el estudio de las *humanidades*, en el más elevado sentido de la palabra, hubiera caído en desuso en alguna parte, para cultivar las facultades *humanas*!

El primer paso para regenerar los Institutos es quitarles de encima ese sobrenombre de *generales y técnicos*. «Institutos de cultura general» es su verdadero título, si no se quiere llamarlos «Facultades de Artes».

Después, esas *treinta* asignaturas que disipan la atención de profesores y alumnos reducirías a *quince*.

Esos exámenes *orales y públicos*, como los juicios de la administración de justicia, convertirlos en lo que deben ser: ejercicios serenos, sin espectáculo, en una sala de estudio, gabinete o laboratorio; en interrogaciones, sin aparato de Tribunal, entre profesores y alumnos; en preguntas y respuestas «fuera de programa», no para asustar, sino para conocer al examinado.

Y esas clases de 50, de 100, de 200 alumnos, verdadero y enorme disparate pedagógico, que desaparezcan de una vez. Ni el mismo Sócrates, con ser lo que era, sería capaz de enseñar una palabra de nada, a un público de un centenar de muchachos, a quienes no podría *interrogar* uno por uno.

En resumen: menos cantidad de cosas almacenadas en la memoria, y que no han de servirnos para nada en nuestra vida. Lo poco que se sepa *saberlo bien*. Saberlo con sentido, saberlo para toda la vida, no para un examen ni para adquirir un diploma.

Que la enseñanza sea una labor *postfamiliar*, una ampliación de la misión educadora de los padres, no un simulacro de academia donde un individuo (profesor o alumno) pronuncia un discurso y los demás escuchan, o hacen como que escuchan.

Si se ha de enseñar a pensar a los jóvenes es-

## FIESTA DE ESGRIMA EN EL AYUNTAMIENTO



Alumnos de las escuelas municipales, en un salón del Ayuntamiento, haciendo ejercicios de esgrima, dirigidos por los maestros Afrodísio y Lanchó. (Foto Ortiz.)

tudiantes, hay que tener entendido que hay un arte de pensar, un arte noble, no servil, sino liberal.

Por algo los antiguos llamaban a esas disciplinas *artes liberales*.

Juan Domínguez Berrueta

## EL REALISMO EN EL TEATRO

### (COMO LO ENTIENDE... FULANO)

—¿El señor empresario?  
—Servidor de usted.  
—Muy señor mío. Aquí traigo esta carta... Me recomienda a usted su amigo don... Si tiene usted la amabilidad...

—Con muchísimo gusto. Siéntese usted.  
—Gracias; igualmente—contesta Fulano empezando a no dar pie con bola. (La presencia del empresario turba mucho a los autores noveles como Fulano.)

A las primeras de cambio adivina el empresario por dónde van los tiros; se le viene encima la lectura de una obra para su teatro. Paciencia.

—¿Conque una obrita, eh?—le dice a Fulano, después de tragarse la carta del amigo.

—Sí, señor, sí; una obrita... Pero no una cosa vulgar... Es algo nuevo ¿sabe usted? No se parece a nada.

—Tanto mejor.  
—Ah, sí, sí; puede usted creerme. Se trata de un drama realista; profundamente realista.

—(¡Agua va!) Bueno, pues... Mire usted, mañana lunes no puedo oírlo; tengo una lectura... El martes tampoco...

—¿Tiene usted otra lectura?  
—Tengo dos: una por la mañana y otra por la tarde... De modo que venga usted el miércoles, y si sobrevivo, veremos eso.

Fulano se sonríe, aunque maldita la gracia que le hace el chiste del empresario, y poco después sale por el foro, con la felicidad en el alma.

Lectura del drama de Fulano. El empresario se arma de paciencia y enciende un puro para hacer más llevadera la vida, y por si le molesta el humo al autor.

—¿Cómo se titula?  
—Pedro.

—¿Pedro?  
—Sí, señor, Pedro. La verdad, la pura verdad: el realismo ante todo. Iba a titularlo *Carne caliente*, pero he querido huir de la afectación hasta en el título; ¿me comprende usted?

—Ya lo creo. Vamos a ver, vamos a ver... El autor principia la lectura de *Pedro*, interrumpiéndose a menudo con observaciones improvisadas. El empresario oye, discute y chupa.

—«Acto primero. El teatro representa el corral de una casa de pueblo. Huele mal.»

—¿Cómo?  
—Que huele mal. Son muy pocos los corrales

en que huele bien. Y le advierto a usted que este mal olor ha de llegar al público, ¡Como en la vida! ¡Lo mismo que en la vida!—Sigo. «A la derecha del actor la puerta de una cuadra.»

—¿Huele a cuadra?  
—¡Naturalmente! En la vida, donde quiera que hay una cuadra, huele a cuadra.

—Basta que usted lo diga.  
—«Durante todo el acto se oirán en el interior las patadas de las bestias y algunos relinchos.»

—¿Hay en la compañía quien relinche bien?  
—Ya lo buscaremos. No ha de faltar, no.

—«Tapia en el foro sobre la cual, de cuando en cuando, se posan algunos gorriones.»

—Compadre, gorriones sí que no tengo en mi compañía...

—Ah, pues, hay que cazarlos y amaestrarlos: son indispensables para producir la impresión justa de la vida. ¿Ha visto usted alguna tapia en que no se paren gorriones?

—«Aparecen Juana y Miguel comiéndose un pollo.» Bueno, este pollo ha de ser de verdad. En la vida nadie se come un pollo de cartón. ¡Carne! ¡carne! ¡hueso! ¡hueso! Ese es el teatro. «Junto a ellos un gato reclama, con embestidas voluptuosas, su parte en el festín.»

—Pero ¡por María Santísima, señor! ¿Qué gato va a hacer eso?

—Ahí quería yo venir a parar. Ya sabía que tanto realismo iba a chocarle a usted. Sin embargo, usted se convencerá: sirva usted un pollo bien asado y oliendo a gloria, y ya verá usted como hay gatos que vayan al olor. ¡La vida, hombre, la vida!

Sigue la lectura, durante algunos minutos sin comentario. El empresario enciende otro puro.

Poco después se traba una discusión entre lector y oyente, porque en la Vescena de *Pedro* hay una tempestad formidable, y Fulano le exige al empresario los granizos. ¡Nada; como en la vida!

—Así acaba el acto primero.  
—Bueno, pues no siga usted adelante.

—¿Tiene usted prisa?  
—No, señor; ni paciencia tampoco. Ese drama es inverosímil.

—Según lo que entienda usted por inverosímil,  
—¡Lo que significa! En la vida no hay ninguna mujer que haga lo que *Juana*, ni ningún hombre que haga lo que *Pedro*.

—¡Bah, bah! ¡qué salida! No lleve usted *mi* realismo tan a punta de lanza. ¡Algún convencionalismo he de permitirme!

—Pues hombre, en ese caso, ¡más valía que se cuidara usted del realismo en las personas y dejara el convencionalismo para los granizos y los gorriones!

El autor, en su casa, guardando todo mohino el manuscrito en el cajón de la mesa:

—¡Copie usted la realidad para esto!

Y vaya usted a quitarle de la cabeza que ha copiado la realidad.

S. y J. Alvarez Quintero

## CONVERSACIONES

JOSE ZAMORA

Ante el entusiasmo artístico de Zamora, ante la prueba constante de sus dibujos tan espontáneos, tan delicados, tan modernos, pensé cómo merecía este artista, más que tantos otros más mañosos, menos sinceros, con menos vocación, que se le hiciese una entrevista. En Zamora, la expresión en el color y en la forma es tan natural, como los raros plumajes en los raros pájaros. Pasaba el tiempo. Zamora volvía de nuevo a aparecérseme, tan fervoroso por su arte, siempre en compañía de Antonio de Hoyos, que si leía los sonetos de un próximo libro sobre la reina de Saba, enseñaba al mismo tiempo los dibujos de Zamora, llenos de verdad, de atrevimiento, de bellos y nuevos vicios del color y de la forma. Zamora en todas sus visitas dibujaba, dibujaba sin cesar y sembraba, como siembra en todas partes, con gran desinterés, modelos de trajes y de cuerpos humanos perfeccionados y reformados.

Hace poco tiempo me enteré de que, así como había trabajado de dibujante en la casa Poiret, de París, ahora iba a trabajar para él mismo, fundando un taller de creaciones de la moda en España. Esperé sin embargo aún lo suficiente para que un día me dijese: «Ya tengo doscientos trajes hechos.»

Entonces fui a su casa. Me intrigaba cómo sería ese taller dirigido por un artista tan joven y tan extraño y tan lejano a lo que de cosa práctica tiene un taller modistil, ¿cómo serían los maniquis de Zamora? Y veía en mi imaginación cabezas de cera hechas por él, pintadas por él, rosadas por él; mujeres de sus dibujos que darían a todo aquello un aspecto fantástico, de interior de Sherazada más que de casa de modas.

Llamé a su puerta, que en vez de puerta debía haber sido una de esas cortinas bellamente estampadas, de esas abombadas y caudalosas, que recogen grandes cordones con borlas multicolores y cuya entrada es un secreto si la mano que la conoce no abre camino en ellas.

Me recibí Zamora con su alegre afabilidad, colegiala y buena.

—No quisiera que me visitara usted en este local—me dijo.—A primeros de octubre inauguraré mi «Casa de la Moda» con una conferencia ilustrada con sesenta maniquis vivos. Ahora estoy dibujando el mobiliario para mi nueva casa, hasta el menor detalle, a pesar del trabajo que pesa sobre mí. Pero todo lo haré porque tengo gran facilidad y un gran deseo de trabajar en cosas bellas.

—Tiene usted una verdadera vocación artística, y lo que es más admirable, es cómo ha sabido usted encontrar su propia personalidad, a la vez que el estilo de ella.

—Se lo debo a Chicharro.

—¿Ha sido usted discípulo suyo?

—Sí. Primero estudié con Sorolla; pero éste, al cabo de un año, le dijo a mis padres que yo no sería nunca artista, porque nunca llegaría a pintar como él. Chicharro, en vez de tratar de imponerme su técnica, se limitó a dejarme en libertad, poniéndome en contacto con la obra de los grandes artistas, para que yo pudiese elegir mi camino. El perfeccionó mi cultura, demasiado clásica aún, con las obras de Moreau, Blardley, los Japoneses y los prerrafaelistas Rosetti, Burne Jones, Watts.

—Es admirable esa amplitud de espíritu para mostrar ese horizonte en un maestro, y un maestro español. Es una gloria para Chicharro.

—Luego—prosigue Zamora—fui a París, y allí conocí la obra de Degas, Cézanne, Monet, Manet, Anglada y la de los rusos Bakss, Egoroff, Roerich; los modernos decoradores ingleses, y las tentativas de Dethomas, de Barbier y de Copeau, en el «Teatro de las Artes» y en el «Viejo Colombine»... Entonces fué cuando yo hallé mi camino; que es todo lo que se relaciona con el arte escénico, único que puede resumir

mis aficiones por la pintura, la danza y la pantomima.

—Tuvo usted un excelente ambiente para poderse revelar, tal vez aquí no hubiera encontrado nunca la audacia necesaria, como en el esplendor concentrado de ese «Teatro de las Artes», el más bello de París, que parece como una exposición de independientes, en cuya escena todo es confidencial, a la vez que elocuente; y que, sin embargo, es de los teatros más solos de París. Allí hay un ambiente de fecundidad de lo nuevo que no se halla en otra parte.



Las oficialas del taller de Zamora.

—Yo me revelé cuando entré de dibujante en casa de Paul Poiret, que tanta influencia ha tenido durante estos últimos años en el arte francés. Fué cuando realmente me di a conocer en la *mise en scene* de *El Minarete*, de Richepin. El éxito de los trajes y el decorado que yo creé, ejerció una gran influencia sobre las modas y sobre el mobiliario. Especialmente el tercer acto, todo en negro y blanco; llegó a ser una verdadera obsesión. Yo dirigí también las actitudes, las danzas. Todo.

—Yo creo que un autor deberá tener celos del que así se apodera de su creación... Recuerdo *El Minarete*, aquella obra en que todas las



Zamora, probando un traje, confeccionado recientemente con destino a la condesa de Requena (Gloria Laguna.)

mujeres eran transparentes estando muy vestidas, estando un poquito recargadas. Todas parecían campanillas de gasa.

—He puesto en escena muchas obras—me dice—, entre ellas *Afrodita*, de Pierre Louis, para la que Rodin me hizo el honor de prestar su estatua monumental de Venus.

—Y de todas esas pinturas que han influido en usted, ¿cuál prefiere?

—Anglada—me responde sin vacilar.

—¿Y cómo compagina usted su afición a la pintura y a la danza?

—No sé; pero la danza para mí es el arte supremo, con Stracia Napierkowska, la adorable bailarina, trabajé en la iniciación del baile, y en las conferencias de Jean Bonnefon; hasta que debuté en el «Teatro Fémica» y luego en el «Eduardo VII», interpretando músicas de Debussy, de Ravel, del Grieg, de Chopin, de Bach y de Beethoven. Pero soy tan español, que no encuentro inferior a Falla..., su música me parece estupenda.

—¿Cómo abandonó usted ese arte?

—Tenía un bonito contrato para ir al Alhambra de Londres; pero todo lo truncó la guerra. Mi madre estaba inquieta, yo adoro a mi madre. Renuncié a todo para estar a su lado, y ya ha visto usted que he tenido buena suerte.

—¿Se encuentra usted contento aquí, no echa de menos ese ambiente libre y enojado de París?

—A mí lo que más me gusta en el mundo es París; sin embargo, preferiría vivir en el campo.

—Ese campo de los alrededores de París, que tiene todo el encanto del campo y todo el refinamiento de la ciudad—le

digo—. Es un campo que resulta tan artificial como los jardines de los barcos, debajo de los cuales se halla el pavimento de madera.

—Es que tengo gustos muy sencillos..., adoro los gatos, los pájaros..., y a pesar de tanto como trabajo soy perezoso, enormemente perezoso.

—Hábleme usted de este otro aspecto de su espíritu inquieto, de esta afición al arte de la indumentaria.

—Es que yo veo la moda como una amable manifestación de arte, y quisiera alejarla de la odiosa, ilógica y antiartística interpretación de las costureras para llevarla hacia un arte más refinado, más duradero. Los artistas franceses fundaron *La Gaceta del Buen Tono y de la Frivolidad*, desde donde hicimos un apostolado en pro de la elegancia, hasta en los detalles más pequeños. Tengo el proyecto de hacer aquí un periódico análogo.

—Creo que lo piensa usted en buena hora. El arte español está también sufriendo una gran renovación; los artistas tienen ya la inquietud que los hará grandes y fuertes. Una pequeña pléyade sigue derroteros nuevos que antes ni se sospechaban siquiera. Diganlo si no el éxito de los bailes rusos, que de seguro serán de una influencia marcadísima.

—Pues este invierno desarrollaré yo mis planes en Madrid. Martínez Sierra me ha encargado de la dirección artística de su teatro, y pienso ocuparme de todo, desde los trajes, para lo cual he montado estos talleres que ejecutan mis dibujos bajo mi dirección hasta el decorado, los muebles, los detalles, las luces, las actitudes mismas. Ya he acabado la *mise en scene* de la *Dama de las Camelias* con una interpretación curiosísima, no sospechada, que no puedo revelar todavía... Además preparamos otro género de representaciones, en las que yo mismo tomaré parte como actor mímico.

—¿No tiene usted un poco de miedo a nuestro público?

—No. Es preciso decidirse. Quiero poner en escena dos obras de dos compositores admirables, trágicamente recién fallecidos, y quiero hacerlo de un modo fastuoso... Después iré a Nueva York para dar conferencias... Ya ve usted que extensos son mis proyectos.

—He visto lo primero que ha hecho usted en la última obra de Lara; pero no me resigno a que sean para mí un misterio todos esos trajes que prepara.

Zamora se resiste un poco, pero al fin cede.

Se abren para mí sus armarios y sus cuartos almacén, como si fuesen un fondo de harem, y salen cientos de vestidos caprichosos, maravillosos, en los cuales ha suprimido caladitos, pliegues y costuras superfluas, para dar la elegancia y la sobriedad de la línea con esa gracia llena de arte que es el secreto de la moda francesa. Todos, además de la novedad en el color y la forma, tienen una actitud, un mohín de coquetería, un aire de danza especialísimo y vivo. El saca, desenvuelve los trajes y los hace valer en mil vueltas arbitrarias, los deja caer en el suelo amontonados, unos sobre otros, sin cuidarse de ellos; revueltos vestidos, sombreros y adornos, que va sacando y amontonando poseído de un vértigo, al ver aplaudir sus modelos... Todos ellos toman sobre alfombra actitudes de mujeres voluptuosas y perezosas que se retuercen y serpentean.

—Este invierno quiero dirigir aquí la moda, como hacia en París—dice—, y mis tendencias han de ser hacia el estilo de Velázquez y Canaletto y también, en contraste, la Grecia, el Egipto arcaico y la comedia italiana..., pero todo esto como influencias, muy modernizado, muy quintaesenciado.

—¿Cómo logra usted estas telas raras que no parecen halladas en Madrid?

—Después de un trabajo impropio y de revolver el fondo de todos los almacenes. Pero ahora, he mandado fabricar mis telas especialmente, con dibujos míos, en los talleres de Rodier y de Briandróni, en París, a fin de tener la exclusiva.

Veo a Zamora dueño de su cometido, como un director de escena que impone a sus trajes el orden y la expresión que ha fantaseado en las hojas de su álbum, con una desenvoltura y un atrevimiento que no pueden conocer los artesanos de la moda. Es un temperamento de artista tal vez demasiado exquisito; con una mezcla de sensibilidades que le hacen sufrir de inquietud, de neurosis; como un mártir risueño, un mártir de demasiadas tentaciones, que mueven sus manos siempre como si dibujaran o bailaran.

**Carmen de Burgos.**  
(Colombine.)

# Plebiscito para la formación de un Gobierno Nacional

Para inaugurar la serie de Concursos y Consultas que LA SEMANA tiene en proyecto, hemos creído que excitará la curiosidad del público—y aún realizará una elevada misión patriótica, en estos momentos en que como consecuencia de la grave cuestión internacional, más difícil para España cada día, bien pudiera ser sustituido muy en breve el actual Gobierno liberal por otro integrado por las más prestigiosas personalidades del país—el convocar a un plebiscito para la formación de un Gabinete Nacional.

A tal fin, proponemos a cada uno de nuestros lectores que nos diga con toda sinceridad qué personalidades elegiría si estuviera en su mano la designación de un Gobierno.

Aleccionados por el ejemplo y la experiencia de concursos muy semejantes convocados por A B C en otro tiempo, esperamos que el público responderá a nuestro llamamiento, y creemos que el resultado del plebiscito no podrá menos de ser significativo e interesante.

## BASES PARA EL PLEBISCITO

- 1.ª LA SEMANA ruega a sus lectores que emitan su voto para la formación de un Ministerio Nacional escribiendo en el talón que va al final los nombres de aquellas personalidades que, a juicio de cada votante, podrían, con mayor provecho para España, encargarse de la gobernación del reino.
- 2.ª Los talones deberán llevar al pie la firma del lector que se presente al concurso y las señas de su residencia y domicilio. Sin este requisito serán inutilizados.
- 3.ª Estos talones acompañarán a varios números de LA SEMANA y serán nulos todos los sufragios que no vengan extendidos en estos talones, para lo cual deberá el votante cortar el talón, llevarle con los nombres de sus candidatos, firmarlo y remitirle en sobre abierto como impreso, franqueándole con un cuarto de céntimo, al señor Director de LA SEMANA, Carrera de San Jerónimo, número 10, Madrid. Los lectores de Madrid podrán también depositar su respuesta, depositada en sobre cerrado, en la portería de nuestras oficinas.
- 4.ª Las personas cuyos nombres figuren en la candidatura deberán ser españoles y vivir en la actuali dad. Serán inutilizados los talones en que figuren nombres de personas en cuya designación haya manifiesto propósito de broma o mortificación.
- 5.ª El plazo para admitir talones a la votación se cerrará el día 20 de Junio del corriente año, a las doce de la noche.
- 6.ª En el caso de que antes de esta fecha las complicaciones internacionales exigiesen la formación de un Gobierno con el carácter de Nacional, en el acto de su constitución se considerará cerrado el plebiscito, se examinarán las respuestas recibidas ante notario y se adjudicará el premio ofrecido al votante o votantes que coincidan con la designación de personas que se haya hecho, o al que más se aproxime a ella si ninguno acertase totalmente.
- 7.ª LA SEMANA otorga un premio consistente en una elegante cartera de piel de Rusia con 250 pesetas en billetes del Banco de España al votante que haya firmado una candidatura cuyos nombres coincidan con los que resulten del escrutinio y formen la candidatura triunfante.

El recuento de votos y el escrutinio se verificarán en las Oficinas de LA SEMANA ante un notario del Colegio de Madrid y testigos competentes para ello, y una vez proclamada y publicada la candidatura triunfante se procederá a buscar la que haya o las que hayan coincidido con ella. Si son varias, el premio se sorteará entre ellas inmediatamente; y si no hay ninguna que coincida, se otorgará la cartera con doscientas cincuenta pesetas al firmante de la candidatura que más se aproxime a la triunfante.

Inútil es decir a nuestros lectores que para nada han de tener en cuenta la significación política de los personajes a quienes designen, puesto que se trata de elegir, no un Gabinete político, sino propiamente un Gobierno Nacional.

Córtese el talón por esta línea de puntos. Se recomienda la claridad en la letra.

### FÁBRICA DE RELOJES CARLOS COPPEL

Fuencarral, 27.—MADRID

Relojes pulsera, en platino, oro, plata y oro y plata  
(imitación oro.)

A CADA RELOJ ACOMPAÑA

CERTIFICADO DE GARANTÍA

REMESAS A PROVINCIAS

SON PREFERIDOS POR EL PÚBLICO EN GENERAL

### LOS CHOCOLATES Y DULCES

DE

### MATIAS LOPEZ

DE VENTA EN TODAS PARTES

OFICINAS: PALMA ALTA, NÚMERO 8

En el Establecimiento tipográfico de la Casa UNGRIA, donde se imprime esta Revista, se hacen catálogos ilustrados de alta fantasía y toda clase de trabajos gráficos artísticos, así en la Imprenta como en la Litografía.

Nuestros equitativos precios y la elegancia y perfección de los trabajos que ejecutamos nos han traído tanta clientela, que hemos tenido que aumentar considerablemente los elementos de producción.

UNGRIA, PLAZA DE LA ENCARNACIÓN, 2

Teléfono 3.612

## PLEBISCITO DE LA SEMANA CANDIDATURA PARA UN MINISTERIO NACIONAL

Presidente del Consejo de Ministros .....

Ministro de Estado .....

Ministro de Gracia y Justicia .....

Ministro de Hacienda .....

Ministro de la Gobernación .....

Ministro de la Guerra .....

Ministro de Marina .....

Ministro de Instrucción Pública .....

Ministro de Fomento .....

FIRMA DEL LECTOR,

que vive en ..... provincia de .....  
calle ..... núm. .... cuarto .....

En el próximo número publicaremos originales de

- A. PALACIO VALDÉS
- ANTONIO GOICORCHEA
- LUIS ARAQUISTAIN
- AMADO NERVO
- ROBERTO CASTROVIDO
- "EL CABALLERO AUDAZ"
- "DON PÍO"

y otros

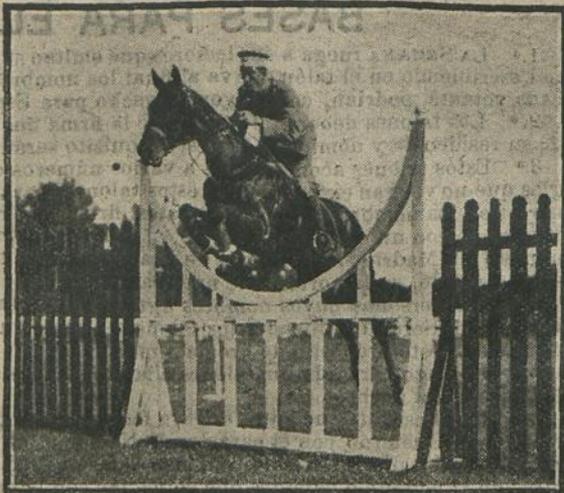
# LA SEMANA

REVISTA POPULAR. 10, Carrera S. Jerónimo, MADRID

## CONCURSO HÍPICO EN MADRID



El caballo «Portero», montado por D. Carlos R. Seoane.



El caballo «Nudillo», montado por D. Manuel Chacel.



El caballo «Longinos», montado por D. Joaquín R. Longinos.

## LOS CARTEROS RURALES



Ramo de flores con que los carteros rurales de toda España han obsequiado a la señora del ministro de la Gobernación, en el Balneario de Medina del Campo, donde se encuentra.



Señoritas aristocráticas paseando por el Hipódromo durante las pruebas del concurso hipico. (Fotos Martín)

## ANTE LA TUMBA DE VERDAGUER



El coro infantil «Mosén Cinto», ante la tumba del poeta Mosén Jacinto Verdaguier, en el catorce aniversario de su muerte, recitando poesias y depositando coronas y ramos de flores. (Foto Pérez Rozas)